

AÑO I. — NÚMERO I
Enero 1908

EL MUNDO MILITAR

Precio: 30 cénts.

CRÓNICAS Y ACTUALIDADES

NUESTRO PROGRAMA

Como sobre él ha de recaer público fallo, y este primer número de EL MUNDO MILITAR, por varias causas, es sólo pequeña muestra de la obra que acometemos, precisa exteriorizar la finalidad que perseguimos.

La nota de actualidad profesional y cuanto en el orden científico pueda interesar al Ejército y Marina, brillantemente está servido en nuestros colegas militares y en las notables revistas técnicas que con fé digna de todo encomio laboran desde hace tiempo en España. No puede, por consiguiente, nuestro pobre esfuerzo intelectual entrar en ese campo. Buscamos otros horizontes.

En primer término, cultivaremos la nota gráfica mundial, para que en estas páginas aparezca lo más saliente de todos los ejércitos, armas y cuerpos, digno de ser conocido. Atención preferente daremos á la parte científica profesional, pero hemos de hacer una salvedad en este punto: instruir deleitando está universalmente reconocido como el mejor procedimiento, y estos moldes pensamos seguir.

Amenidades de todas partes, tanto recuerdo glorioso como encierra la accidentada vida militar española, anécdotas militares, la nota festiva sin molestias para nadie, el absoluto destierro de apreciaciones críticas, censuras ó elogios, en una palabra, hacer de EL MUNDO MILITAR una *Enciclopedia profesional* al alcance de todos por su forma y precio.

Con la suscripción á EL MUNDO MILITAR unimos el regalo trimestral de obras que permitan formar variadísima biblioteca, amén de todo aquello que la práctica y el general sentir nos vaya aconsejando.

Desinterés, buenos deseos, propósitos firmes y una voluntad de hierro ponemos por nuestra parte á contribución en la empresa que acometemos. Sólo nos falta una cosa: que el público militar, desde el general al soldado, en todas las armas y cuerpos, acoga EL MUNDO MILITAR con la benevolencia y el calor que para vivir necesita.

A su fallo y decisión se somete.

LA REDACCIÓN.

LAS CONQUISTAS DE MERCURIO

No cabe duda que el dios del comercio ha usurpado los laureles á Marte. Mas que las bayonetas—y seguiremos empleando este tópico usual á pesar de que

el antiestético cuchillo ha sustituido al esbelto aditamento del fusil—conquistán países, la vara de medir, el peso, y las argucias de los que Jesucristo echó del templo. Dígalo si no la estadística, esa ciencia que con su frialdad numérica pone de relieve las verdades, sin dar lugar á duda, y en este caso nos cuenta que Marruecos está conquistándose por Francia. Pero la conquista se hace, no por las tropas francesas que acampadas están en Casablanca; la realiza su comercio, á menos coste y con mayores beneficios para su país.

Cuatro son las naciones que principalmente tienen puestos sus ojos en el imperio del Mogreb y mientras llega el momento del reparto, procuran importar lo que les sobra y exportar aquello que pueden revender con segura ganancia. Las cantidades á que asciende este tráfico son las siguientes en 1906.

Francia . . .	47.300,000	francos.
Inglaterra . .	37.900,000	»
Alemania . . .	13.400,000	»
España. . . .	5.600,000	»

Inglaterra ha sostenido un tráfico mayor que las demás naciones en los puertos de Tánger, Tetuán, Larache y Mazagán; pero en Rabat, Safi, Casablanca y Mogador el comercio francés ha sido el preponderante.

En 1906, Casablanca ha traficado con las demás naciones por valor de francos 18.200,000, de cuya cifra corresponden á:

Francia . . .	7.500,000	francos.
Inglaterra . .	5.100,000	»
Alemania . . .	2.700,000	»
España. . . .	470,000	»

En el movimiento de los puertos el pabellón francés ocupa el primer lugar, con 93 buques y 83,973 toneladas, y siguiendo Inglaterra con 92 buques y 58,949 toneladas, y Alemania con 51 buques y 50,948 toneladas.

Las deducciones de tal estadística son, que Francia domina el país comercialmente, que es en realidad lo que se busca, mientras el comercio español es nulo en todo él, y que mientras seguimos repasando el testamento de la Reina Católica, la vecina república hojea libros de cheques, letras y valores comerciales.

El Mundo Militar saluda cariñosamente á la prensa en general, y especialmente á los periódicos profesionales, por la mancomunidad de sus ideales.

De todos solicita y espera fraternal y benevóla acogida.

CRÓNICA NACIONAL

La guerra de la Independencia. El día 2 de Mayo del año que empieza, se cumplirá el primer centenario del hecho inicial de la guerra de la Independencia.

Con el apoyo de los poderes públicos ó sin él, España conmemorará dignamente tan gloriosa fecha, rindiendo justo tributo á los que con las armas en la mano supieron escribir para la historia de nuestra patria páginas que no habrá mano que borre ni tiempo que destruya.

¿Qué menos puede hacer EL MUNDO MILITAR, que dedicar su primera crónica á tan interesante y trascendental asunto?

De trascendental le calificamos, porque creemos con firmísima convicción, que para la reconstitución de un pueblo, no basta mirar hacia el mañana, hay que mirar también hacia el ayer, sobre todo cuando éste es glorioso, pues las huellas que deja, son el acicate que impulsa á los hombres á no desmerecer de sus antepasados.

¿Y qué menos hemos de hacer también si no dejar el primer lugar al monumento que en Zaragoza ha de erigirse con motivo del centenario de sus gloriosos Sitios, á esa obra del genialísimo Benlliure, que el lector podrá apreciar en nuestra portada, y que constituye un triunfo más del insigne valenciano?

Una salvedad hemos de hacer. La de que al propagar y defender esa conmemoración, no suscitemos antagonismos ni rencores, tributando únicamente á la memoria de los que lucharon, el homenaje que merecieron.

Pero esa conmemoración, no puede ser obra de unos pocos, tiene que serlo de todos.

Hombres cuya profesión era la de las armas; hombres cuyo oficio era labrar los campos ó apacentar los ganados; hombres cuya misión era la de representar á Cristo en la tierra; mujeres que solo por serlo, no estaban obligadas á tomar parte en la lucha á la pelea acudieron, para defender la independencia nacional.

El grito santo de ¡guerra al invasor! se dejó oír en todos los pueblos de España; la conmemoración de lo que impulsados por aquel grito realizaron nuestros mayores, en todos los pueblos debe ser también celebrada.

¿Qué localidad española no tuvo en aquel entonces un héroe ó un mártir?

Piensen en esto ciudades, villas y aldeas y comprendan que esa conmemoración es un deber.

Es necesario que el entusiasmo patrio

despierte y se muestre á la faz del mundo, digno, sereno y desde luego sin gallardías exajeradas y por lo tanto provocadoras.

Para la Francia de hoy, todo el respeto y la consideración de que es digna; para los españoles de ayer, el fervoroso recuerdo que merecen.

Y hagámoslo á fin de que, como dijo el insigne Galdós, «Sirvan esos vivos ejemplos de fortaleza para sacarnos del marasmo á que nos ha conducido la depresión de la voluntad española en los últimos años, persuadiéndonos de que es forzoso vigorizar en nuestro desmayado organismo el músculo militar, que ha sido, debe ser y será siempre el principal resorte de nuestra historia.»

DANIEL COLLADO.

Soldados gimnastas.

De todos los ejércitos, se distingue el de Italia por el cuidado que muestran los jefes y oficiales en la educación del soldado, procurando que éste haga ejercicios gimnásticos, y consiguiendo de este modo el desarrollo físico.

Aprenden á salvar zanja, taludes y vallas, escalan tapias, subiéndose unos sobre otros formando pirámides.

En esta clase de ejercicios, es indudablemente el italiano el que se lleva la palma.

Los ejercicios de salto se hacen por grupos de á 4 soldados ó aisladamente.

CONSECUENCIAS DE LA PÉRDIDA DEL "PATRIE,"

Se preguntan los franceses: las consecuencias de haberse perdido el globo dirigible *Patrie*, después de haber hecho ensayos tan portentosos.

«En el caso de que tuviéramos una guerra, se dicen, dentro de ocho meses, nuestro ejército se vería privado de un auxiliar tan precioso y no tendría la superioridad incontrastable que el *Patrie* aseguraba sobre la flota aérea adversa. No tendríamos hasta la aparición del *Republique* en Marzo ó Abril próximo, sino al *Lebaudy* al *Ville de Paris* para oponerse al *Parsevel* y al *Vou der Gross*. Es verdad que los dirigibles franceses reúnen mejores condiciones que los dos últimos, en particular en velocidad; uno y otro hacen cerca de 11 metros por segundo en tanto que los dirigibles alemanes no parece que han pasado el uno de 10 y el otro de 9 metros.

No contamos con el *Zeppelin*, agregan nuestros vecinos, por su fragilidad extrema y en consecuencia porque su empleo es poco práctico aunque es preciso reconocer que el radio de acción le permitiría venir del lago Constanza á ejecutar reconocimientos y si fuese preciso á lanzar torpedos aéreos en la región de Belfort que no está sino á 200 kilómetros de su punto de ataque.

Peró una guerra próxima no es de temer por fortuna por varios motivos y uno de ellos es que la artillería alemana no ha terminado su transformación y los

oficiales no conocen aun bien el manejo de las piezas.

Si admitimos la hipótesis de la paz al menos durante ocho ó diez meses, las consecuencias del accidente del dirigible *Patrie*, se reducirán á una pérdida de 300.000 francos que es muy poco para un presupuesto como el nuestro.

No es dudoso que el ministro pedirá un crédito suplementario para reemplazar en el menor plazo posible el crucero dirigible, si las Cámaras con patriotismo no se anticipan, como es cierto también que nadie protestará de tal crédito.

En este caso, en el término de ocho meses ó siete quizá, un nuevo *Patrie* reemplazará al otro, mientras el *Republique* que se habrá anticipado esperará en Chalons.

El mal de ahora quedará reparado y solo habrá costado un pequeño esfuerzo del presupuesto...»

Después de todo, decimos nosotros, el que no se consuela es porque no quiere.

Lea usted nuestro CONCURSO de curiosidades en la penúltima página.—Cien pesetas de premio que todos pueden obtener.

NUEVA BASE NAVAL

Después de no pocas discusiones, Inglaterra va á establecer una gran base naval sobre el mar del Norte y comprenderá un puerto militar y un arsenal. Esta decisión la han tomado los ingleses como consecuencia de la determinación de Alemania de hacer de Wilhelmshaven el puerto principal de ataque de la flota alemana, de transformar á Heligoland en un depósito de carbon y Brunsbuttel en una gran base naval.

En vista de la formación de una nueva escuadra alemana del mar del Norte se propone construir otra en Lejot. En la bahía de este último punto puede alojarse si fuese preciso una escuadra de la importancia de la del canal de la Mancha.

Habrà espacio para poder hacer reparaciones en los buques y los trabajos empezarán á la mayor brevedad, aumentándose el presupuesto naval de 1908-1909 en una suma considerable para garantizar las primeras obras.

Se calcula que los gastos en total se elevarán á más de 125 millones y que todo estará terminado para 1915.

ECONOMÍA DOMÉSTICA

La cuenta de la lavandera.

	1	2	3	4	5	6	7	ETC.	PRECIOS
PAÑUELOS	
CUELLOS	
PUÑOS	
CAMISAS	
CAMISETAS	
PANTALONES	
ETC.	
	

Nada tan sencillo, para una mujer hacendosa y cumplidora de sus deberes de ama de casa, como atender á estos pequeños detalles, que bien poco tienen en realidad de importancia, pero que contribuyen en mucho á guardar el orden que debe llevarse en el seno de la familia, á evitar el despilfarro y las filtraciones de los sirvientes.

Peró estas pequeñas molestias, que tan bien suelen cumplir las hijas de Eva, constituyen un engorro empalagoso para el sexo fuerte, cuando soltero, ó casado y alejado del hogar por deberes de su profesión, tiene que atender á esas pequeñas minucias.

Una de ellas es la cuenta de la lavandera.

Se apuntan las prendas en un papel cualquiera, que suele no encontrarse cuando hay que comprobar la cuenta, se pierden los pañuelos, los calcetines se evaporan, etc., etc.; pues bien, hay un medio muy sencillo, que recomendamos á nuestros lectores, en la seguridad de que ha de serles de gran utilidad. (Hablamos de los que se encuentran en el caso de utilizar el procedimiento).

Bueno es advertir que el *carnet* este es perpetuo y se encuentra al alcance de to-

das las fortunas.

Se coloca sobre un cartón, de las dimensiones que uno mismo crea convenientes, un papel en que se hayan escrito en columna y á la izquierda las clases de piezas que se acostumbra entregar.

Luego, varias columnas señaladas con los números 1, 2, 3, etc, hasta 24 ó 36, ó los que se estimen necesarios, según la cantidad de pañuelos, camisetas, cuellos, etc., que se hayan de entregar.

Se hace un pequeño agujero en el centro de cada cuadro que resulta formado por las líneas horizontales de las piezas de ropa y las verticales de los números.

Después se sujeta en el ángulo superior de la izquierda una hebra de bramante encarnado, bastante larga (dos veces y media, por lo menos, la longitud del cartón), terminada por un pasador.

Contada la ropa se enfila la hebra por el agujero correspondiente al número de piezas de una clase que se han entregado y se saca por el agujero correspondiente al número de piezas de la línea inmediata; así, pues, los extremos visibles del bramante encarnado indican el número de piezas.

HISTORICO

EL HABITO NO
HACE AL MONJE

por D. Luis Bermúdez de Castro.

Sonaba en la estación la señal de partida, cuando entraba yo en el andén como un huracán, en el departamento de primera más á la mano, arrojé mi liviana maleta, la manta y la caja del ros, y salté adentro al ponerse el convoy en marcha. Era necesaria toda la agilidad de los veinte años para estar en la Puerta del Sol un cuarto de hora antes de la salida del tren y cogerlo á tiempo.

Cuando acomodé mi equipaje y me hu- be sentado, saqué de la caja del ros la gorrilla cuartelera, más que por abrigarme la cabeza, para que comprendieran mis compañeros de viaje que no era un ente vulgar, un indocumentado, sino nada menos que un alférez de Infantería el que les acompañaba. Cambiamos las «buenas noches», encendí un pitillo, no sin preguntar á las señoras si les molestaba el tabaco, y á la débil luz de la lámpara comencé á pasar revista á los viajeros. Un sacerdote, que se apeó en Alcalá, una señora que dijudé, desde luego, por viuda de militar porque iba de luto y acompañaba á su hijo, alumno de Ingenieros, y un matrimonio de edad respetable.

Con cierto aire de autoridad trabé conversación con el cadete, llamándole «pollo» palabra con la que desde los tiempos del Gran Capitán, se dirige el superior al inferior en el Ejército español, y hablando, llegamos á Guadalajara, donde bajó la viuda con el alumno, y quedamos frente á frente el matrimonio respetable y un servidor.

El era un señor de pequeña estatura; un bigotito blanco sin guías se acomodaba á las dimensiones de la boca, sin extralimitarse de ellas; ni grueso ni delgado, pero más delgado que grueso; llevaba corbata negra de lazo, un gorro redondo de seda, sin borla, encajaba bien en su cabeza blanca, se había cambiado las botas por unas zapatillas de orillo.

Ella era un poco más alta y más metida en carnes que su marido; conservaba en el perfecto óvalo de su rostro señales evidentes de haber sido muy guapa, y me pareció más distinguida que su esposo; ambos me fueron muy simpáticos; tenían un no sé qué de bondad y cortesía que estimulaba mi locuacidad, pero, por respeto, no quise yo empezar la conversación.

Desde luego, y era preciso ser poco observador para no notarlo, el señor me pareció un honrado comerciante, de los que llegan á la meta del bienestar.

Con su gorro negro, su corbata de lazo y sus zapatillas, encuadraba admirablemente en alguno de los lujosos y antiguos comercios de la calle de Postas.

—¿Va usted muy lejos, señor oficial?— me preguntó mi anciano compañero.

A Zaragoza—respondió, reventando yo por hablar.—Voy destinado al Inmemorial del Rey; vengo de Badajoz, he pasado en Madrid unos días con mi fami-

lia, y marcho á presentarme en mi nuevo regimiento.

—Pues nosotros también vamos á Zaragoza.

—Vaya, pues celebro mucho... No ha sido mala suerte que se desocupara el vagón, porque vamos á descansar muy bien.

—¿Conque de Badajoz á Zaragoza? Es un buen saltito. La carrera militar tiene para los jóvenes ese encanto; se viaja, se ve el mundo.

—Ah! sí, señor; la carrera militar es una carrera de sacrificios (la verdad es que hasta entonces yo no me había sacrificado nunca, pero creí hacer honor á la profesión pintando sus durezas), es una carrera de sacrificios porque, con los cambios de guarnición no tiene una estabilidad, ni tranquilidad, ni...

—¿Ha viajado usted mucho?

—Mucho, no; pero he servido en Madrid, en Leganés y en Badajoz.

—Muy penoso el servicio en Madrid ¿eh?

—¡Ah una cosa atroz! es no vivir; siempre metidos en el cuartel, siempre ocupándonos de tonterías, porque las precauciones y temores no nos dan tiempo para instruirnos; por supuesto, que aunque lo tuviéramos, no sacaríamos gran provecho; hay muy poco meollo arriba para sacar partido de nuestro Ejército, que es excelente.

—¿Sí, eh?

—Sí, señor; los generales casi todos son rutinarios; valientes, eso sí, pero no saben una jota. Mire usted, Fulano de Tal (yo decía los nombres propios con una tranquilidad, pasmosa), Fulano de Tal está loco de remate, arrestos, chillerías, castillos; todo por sí una condecoración no va en el sitio reglamentario, por sí la grupa de una montura va un poco torcida; á un oficial de mi regimiento lo arrestó por mandar el parte de diana pegado con una oblea verde... Pues Zutano... ¡Valiente animal! Y Perengano? Eso es una acémila.

—La señora me miraba atentísima; sin duda era tan bondadosa que la disgustaba lo severo de mi crítica; debió padecer también alguna enfermedad nerviosa, porque de vez en cuando me hacía unos gestos muy raros ¡pobre señora!

El señor conocía tal vez de nombre á algunos de los generales que yo deseuar- tizaba en aquellos momentos, porque no haito de mi entretenida conversación aún me preguntaba por otros que yo no había mencionado. Yo le contestaba poniendo á unos bien y á otros como no digan dueñas, pero encarnizándome con el de las condecoraciones y las monturas, porque el oficial de la oblea verde era yo mismo y me quedaba dentro la espina del arresto.

—Y de los generales que hay en Zaragoza, conoce usted á alguno?—me preguntó mi bondadoso compañero.

La señora se recostó en su asiento y se llevó la mano á la cara, como si se sintiese indispuesta.

—No, señor, no conozco más que de oídas al general Castillo, el defensor de Bilbao.

—Sí, sí, ya recuerdo que fué Castillo el defensor de Bilbao; ¿y no sabe usted nada de él?

—No, señor, no he servido nunca á sus órdenes; pero un amigo mío que estuvo en el sitio me lo ha contado; ya verá usted, aquello fué una página brillante de la guerra.

Y, ni corto ni perezoso, le coloqué al buen señor todo el sitio, desde el principio al fin, tal como me lo había referido mi compañero, y adornándolo con episodios de mi cosecha, para que el pacífico comerciante se asombrara más del heroísmo de las tropas.

Todo lo escuchó con atención, y cuando terminó el relato, sin conseguir que se asombrase, ó por lo menos que me diera muestra de admiración, díjome:

—Bueno, bueno; ¿no le parece á usted, señor oficial, que ya es hora de que descansemos?

—Sí, señor; y que yo pienso,—responde, —dormir como un príncipe (como un príncipe que duerme bien); pero, ¡si me hiciera usted el favor de avisarme antes de llegar á Zaragoza! porque tengo el sueño tan pesado...

Con muchísimo gusto; duerma usted tranquilo.

Y, ya arrebujado en la manta, con un «buenas noches» me quedé dormido profundamente.

—Ya llegamos, compañero—me dijo, despertándome el cariñoso señor; y en efecto, el ruido de la plataforma me hizo comprender que la estación estaba próxima.

Me asomé á la ventanilla, y como vi- se en el todavía lejano andén muchos uniformes militares y bastantes paisanos en disposición de esperar á alguien, dije á mi compañero:

—Alguien gordo debe de venir en este tren, por que mire usted cuánta gente hay esperando...

—Sí, alguien gordo debe de venir—me contestó, ya sin gorro, ni zapatillas y dispuesto á echar pié á tierra.

Cuando el tren se detuvo, todos aquellos militares se dirigieron á nuestro coche, y un general de división, encarándose con mi supuesto comerciante, le saludó con la frase sacramental de «No hay novedad en la plaza, mi general».

Yo comencé á ver turbio y á zumbar- me los oídos; mi compañero, antes de bajar, me dijo muy bajito:

—Cuando se presente usted hoy en Capitanía, dígame al ayudante de guardia que es usted el compañero de viaje del capitán general.

Yo estaba mudo de terror; la señora al pasar junto á mí, no me dijo más que estas palabras:

—Que nohécita me ha dado usted, hijo mío!

Caí desplomado, exánime, en el asiento. Ya en la fonda, me vestí de uniforme. No quise deshacer la maleta del todo; ¿para qué? En el primer tren saldría de seguro para Mequinenza, Monzón, Jaca ó cualquier castillo de los del distrito.

¡Diéronme ganas de ir al Pilar! pero ¡cál, ni la milagrosa Virgen era capaz de librarme del castigo que me esperaba! Estuve llamándome bruto las horas que faltaban para la de la presentación, y ya, resignado con mi merecida suerte, me dirigí al Palacio de Santa Engracia.

Presenteme al ayudante de guardia.

LA TELEGRAFÍA SIN HILOS

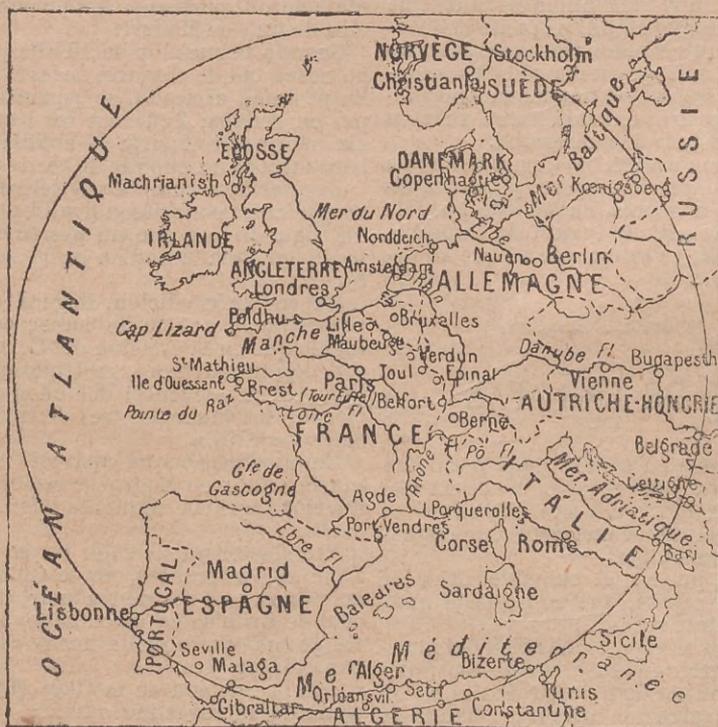
La torre Eiffel el mejor transmisor.

No puede dudarse que uno de los inventos más extraordinarios de los tiempos modernos, es la telegrafía sin hilos.

Recordarán los lectores la emoción que produjo en el mundo civilizado la enorme derrota del almirante ruso Rodjetsvenski, en aguas de Troughima. Veintidos unidades quedaron perdidas ó fuera de combate y hallaron la muerte más de 6.000 hombres.

¿A qué fué debido? Sencillamente, á la telegrafía sin hilos. El almirante nom-

brado en el que tenía puestas sus esperanzas, no sólo el gobierno ruso, sino los rusófilos que abundaban en todos los países, navegaba á la ventura, de buena fé, digámoslo así, sin ver otra cosa que el horizonte y la luna que alumbraba, ignorando que Togo, su adversario, le acechaba, conociendo todos sus movimientos por las estaciones telegráficas (sin hilos) instaladas en puntos convenientes. Así pudo sorprenderle y destruirle.



(Radio de acción de la estación de telegrafía sin hilos, instalada en la torre Eiffel. Puede ésta enviar radio-telegramas á todos los puntos que aparecen dentro de la circunferencia.)

Este trágico ejemplo bastaría, por sí sólo, para dar una idea de la importancia de la telegrafía sin hilos.

La cuestión de Marruecos ha servido de motivo para que los franceses hagan nuevos ensayos, pensando que para tener una rápida comunicación con Africa, nada mejor que el referido invento. Desde 1898 se venían ocupando en aplicar la telegrafía sin hilos á las operaciones militares, y después de varios experimentos realizados entre los fuertes de Palaiseau y Villeneuve-Saint-Georges y en Belle Isle y Lorient, consiguieron en 1903, comunicar entre la Martinica y Guadalupe, distantes una de otra 180 kilómetros. El mismo año y por medio de globos cautivos elevados á 300 metros, lograron

comunicarse á 400 metros. Los globos cautivos fueron pronto reemplazados por la torre Eiffel, antena maravillosa, logrando comunicarse á 1.500 metros, y convenciéndose de que, aumentando la potencia de sus instalaciones, la torre Eiffel podría expedir sus radio-telegramas á 3.000 kilómetros.

En efecto, gracias á dicha torre, Francia comunica con las tropas de Drude y aunque estos días anden los franceses revueltos, porque sus despachos eran interceptados por personas ajenas á su gobierno, el incidente es de poca monta. La torre Eiffel sigue, por ahora, siendo la mejor y más potente antena con un radio de acción del que podrá formarse idea el lector por el adjunto grabado.

En vísperas de Trafalgar.

Cuando para bien de la Historia patria y de justicia, dé cima á su magna obra sobre Trafalgar el docto académico D. Juan Pérez de Guzmán, á quien tantas investigaciones hondas y beneméritas debe la moderna ciencia histórica española, quedará patentizada la briosa y eficaz intervención que España tomó contra Inglaterra en el gigantesco duelo mantenido contra ella por el emperador Napoleón I.

Trabajada entonces la opinión española por tantos problemas graves, así internos como externos, no es de extrañar que, entre el vulgo, corrieran versiones é ideas hijas de la impaciencia y de la duda, tocante al proceder de nuestros marinos. Así, del bravo, experimentado y ardiente Gravina, se cantaba á la sazón:

Me e..... en la bella unión
De españoles y franceses.
También me e..... en Gravina
Por lo poco que combina.

¡No era de él, ciertamente, la culpa de que las vastas combinaciones del emperador no tuviesen cristalizaciones en la realidad, buscando el combate naval en condiciones de que pudiera él realizar su desembarco en Gran Bretaña!

Por una de esas aberraciones que parecen increíbles en los grandes caudillos, Nelson ignoró los movimientos de la escuadra combinada, la cual, pudo sacarle un mes de ventaja navegando según las instrucciones de Napoleón.

Más una vez orientado, el gran marino británico dió señales de lo que eran su alma y su inteligencia.

Desde que dobló el cabo de San Vicente en 11 de Mayo de 1805, navegó diestra y afortunadamente á razón de 135 millas por hora, recuperando 14 días; el 4 de Junio fondeaba en las Barbadas; ansioso por luchar contra la flota de los aliados, que él llamaba *su escuadra*, corrió, voló por el archipiélago. Y sabedor que Villanueva había emprendido ya la vuelta á Europa, navegó á toda vela. El 19 de Junio temiendo que Villanueva intentase algo sobre El Ferrol, destacó un buque ligero para avisar al comodoro Calder apostado en aquellas aguas en acecho de lo que había dentro del gran arsenal gallego, dictando también una orden «á todos los capitanes de buques de S. M. B. en crucero por las Antillas, que no tengan misión más preferente que cumplir, orden que decía:

«Creyendo que la flota enemiga vuelve á Europa, pero no sabiendo si se dirige sobre El Ferrol ó sobre Cádiz, ruego que sin pérdida de tiempo se pase al largo de El Ferrol, avisando al almirante que mande la división establecida frente á ese puerto, para que esté prevenido de un ataque del enemigo que lleva fuerzas superiores.»

El aviso llegó á tiempo á todos, incluso al almirantazgo, quien expidió á su vez órdenes á todas las escuadras que bloqueaban puertos franceses y españoles.

Calder, pues, el 22 de Julio de 1805, cuando con sus 15 navíos de línea acechaba á la flota combinada franco-espa-

fiola, sabía á que atenerse respecto al enemigo. Este combate naval, preludio triste, tristísimo para los aliados, ya indicaba lo que pasaría cuando el choque fuese con las escuadras del propio Nelson.

Luchamos allí bién, con habilidad y con honor, como no lidiaron los buques franceses. Y de aquí vino necesariamente la desgracia de aquella jornada.

Por eso, fuerza es repetir *urbe et orbi* la crítica que el propio emperador hace de su combate naval, en su despacho á Decrés su ministro de Marina, que lleva el número 9.072 de *La Correspondencia*.

..... *Tout cela me prouve que Villeneuve est un pauvre homme qui voit double et qui á plus de perception que de caractère ... ¿De quoi se plaint Villeneuve de la part des Espagnols? ILS SE SONT BATTUS COMME DES LIONS.*

Y con efecto, en vísperas de Trafalgar, como después en el gran drama, eso hicieron los españoles:

Batirse como leones.

EL ARTE DE SER BONITA

No crea el lector que pretendemos hacer una crítica de la sicalíptica obra que con el mismo título que encabezan estas líneas se estrenó en uno de los teatros de la Corte.

El título obedece á otra causa y tiene su explicación, como sucede con casi todas las cosas.

Que la cirugía ha realizado progresos importantes, no cabe dudarlo. Así como en medicina, los adelantos son muy relativos, los especialistas en cirugía han logrado curaciones sorprendentes.

Ya no hay tuerfos; el que tiene la desgracia de perder algún ojo, puede sustituirlo con uno de cristal. Ciertamente que por ello logrará la vista, pero al menos la estética ganará indudablemente. Se construyen brazos y piernas articuladas con rara perfección y otra infinidad de procedimientos que no hay necesidad de consignar.

No han parado aquí las cosas y la ciencia que pudieramos llamar *Cirugía estética*, tiene algo de semejanza con el retoco que emplea el fotógrafo, para enmendar los defectos de las placas.

En la nueva ciencia, el operador ejecuta sobre el organismo humano corrigiendo los defectos de nacimiento ó adquiridos por enfermedad ó accidente.

¡Ya no hay chatos! El que lo sea es por que quiere. Para corregir ese defecto que tanto afea en una cara, sobre todo si es de una mujer, basta que el ó la paciente se sometan á cierta clase de masaje y al cabo de algún tiempo se encontrarán con una nariz griega ó aguilena, por que la nueva forma puede escogerse. Se pueden también suprimir las nubes de los ojos, achicar las orejas, darles otra forma, siendo uno de los medios para lograr todas estas maravillas la aplicación de inyecciones de parafina.

Pero no se detienen aquí los progresos; el doctor Maclair afirma en la *Revue Scientifique*, que mediante las citadas inyecciones, ha conseguido endurecer los pechos de alguna de sus clientes (cuyo

nombre calla como es natural) y ha logrado también ampliar las caderas y dar morbidez á las pañatorillas.

A este propósito recordamos que una señora de distinguida familia, aunque un tanto aldeada, decía con toda la formalidad de que era capaz:

—Donde no lo hay, se pone.

Y el caso de un americano, que al día siguiente de su matrimonio estableció la demanda de divorcio, undándose en que él había contraído enlace con otra mujer, que la que resultaba después de quitarse el vestido, ropas interiores y otros accesorios. Por lo menos, decía, no vuelvo á unirme á ella mientras no engorde.

Todas las operaciones que quedan indicadas, bajo el punto de vista científico, evitan los hechos que hemos relatado y abren ancho campo á una nueva industria.

Con el tiempo toda mujer elegante que quiera corregir algún pequeño defecto físico ó adquirir redondeces plásticas, no necesitará más que unas cuantas sesiones de su *cirujano estético* del mismo modo que hoy los modistos hacen cuerpos bonitos del palo de una escoba.

El algodón está en baja, pero así nadie podrá llamarse á engaño y principalmente los nombres, cuando después de implantada esta industria se tropiecen con una *caja*, ya saben que es, que no tiene remedio.



FÉ DE ERRATAS

Curémonos en salud. ¿Qué periódico no las tiene? ¿Qué redactor no se ha visto amonestado y á veces expulsado de una redacción por una errata consignada en sus cuartillas?

Cuando puede, el culpable echa el muerto al cajista, que no protesta nunca, pero otras veces....

Y que no se diga, lo más fácil del mundo es incurrir en un error de eso, que solo pueden servir de hilaridad al lector y de desesperación al autor cuando la percibe en letras de molde.

¡Ah, si los periodistas fueron infalibles!

Pero estamos expuestos á error como todo el mundo, y por otra parte el poco sueldo que por regla general perciben los que se dedican a la pluma, hace que la ilustración sea muy relativa y así por desconocimiento de la materia que se trata unas veces y por la precipitación con que se escriben las cuartillas, otras, las erratas se reproducen en cantidad desconsoladora.

Recordaran los lectores la que apareció en el periódico *España*, confundiendo la palabra *inglés* por *tunguses* y que fué causa de la salida del diario del autor del desaguisado. Y eso que seguramente esta errata pasaría desapercibida para gran parte del público.

Un diario católico, cuando la guerra de Cuba, publicó una telegrama diciendo: «En un pinar que hay junto á un río...» y es que el redactor ignoraba la existencia de Pinar del Río. El mismo periódico dijo que había sido derrotado en una ciénega

el cabecilla Zapata ignorando que existía la *Ciénega Zapata*.

Se libó un combate en el poblado *Mos-tacilla* y el infla-telegramas tradujo diciendo que los soldados españoles habían tirado con mostacilla.

Otra errata más formidable aún se escribió en un periódico en telegrama que decía: Descubiertose negro colocó bomba Capitanía Habana, preso. Y fué traducido en la siguiente forma: *Ha sido preso un negro llamado Coloco autor explosión ocurrida en la Capitanía general de la Habana.*

¿Pues y aquella otra errata formidable de que fué víctima un compañero en la prensa? Nada menos que á Texifonte Gallego, cuando regresaba de Cuba de cumplir su misión como corresponsal se le confundió con un cabecilla!

Para terminar esta nota, relatemos otras de un periódico de provincia y otra de uno de Madrid.

Cuando la cuestión de Melilla que hubo necesidad de enviarse fuerzas a aquella posesión africana, se esperaban tropas en Málaga; figurábase los lectores la alarma que produciría la noticia de haber ocurrido un choque de trenes.

El estar interrumpido el telégrafo hizo que no se conociesen detalles hasta el día siguiente en que un periódico de la localidad daba la noticia en la siguiente forma:

«Al cerrar la edición, llega á nuestra redacción la noticia de haber ocurrido un choque en la estación del Cerro.

Se ignoran detalles, sabiéndose tan solo que á consecuencia del choque fallecieron, dos muertos, tres heridos y 18 contusos leves.»

En otro *diario* que apareció no hace muchos años en Madrid se recibió cierto día el telegrama siguiente *Gare Lyon incendie*.

El redactor que lo cojió y que masculaba algo el francés, no se anduvo por las ramas y en vez de traducir «La estación de Lyon se ha incendiado» metió el telegrama que aquella noche «saboreaban» los lectores.

«En la estación de la Gare (Lyon) ha ocurrido un voraz incendio...»

Y para terminar esto que sería inacabable de citar todas las erratas, he aquí una que pudo costar caro al director de un periódico granadino sin comerlo ni beberlo.

Actuaba en el teatro de aquella capital una compañía cuyo primer actor tuvo la desgracia de que su mujer se largase con un granadino dejándole plantado. Coincidió la fuga con el beneficio de aquél y á pesar del entripado que el lector supondrá tendría el actor, hubo de verificarse el beneficio.

Entre los regalos que recibió figuraba un magnífico retrato dedicado al carbón del actor aludido.

Al día siguiente aparecía la lista de regalos en el periódico local y al enumerarlo se decía.

«Un magnífico retrato al carbón del beneficiado.»

¡Pero una de las letras había cambiado de lugar!

APAGAVELAS

Episodios de Cuba. Los dos inseparables compañeros de toda la vida, Colás y Cleto, baturros de buena cepa, y destinados, como procedentes de un mismo reemplazo y cupo, á un mismo batallón de los que operaban en Cuba, habían conseguido llegar á la meta de sus modestas aspiraciones militares, pues que ostentaban la cruz de plata con distintivo rojo, pensionada, por su distinguido comportamiento en diversos combates.

Gozaban buena salud, pese á las excesivas penalidades de la guerra y á los rigores del clima; contaban con la estimación de sus superiores y el cariño de sus camaradas, que solían celebrar con regocijo y admiración las no bles y altivas *baturradas* de los inseparables compañeros.

Y habían conseguido, por último, disponer de dos excelentes *hamacas* en las que con verdadera delicia tendían sus fatigados cuerpos al final de las penosas jornadas por la espesa manigua.

Procuraban siempre colgarlas juntas para ser tan inseparables en el descanso como lo eran en las fatigas y como lo fueron siempre en la rústica vida de la aldea aragonesa que les sirvió de cuna.

¡Cuántas veces, después de tendidos en aquellos oscilantes lechos de lona, olvidando momentáneamente las penas de la campaña, departían con el entusiasmo que producen los gratos recuerdos, sobre mil incidentes de su vida pasada en aquel pequeño pueblo que acaso no volverían á ver!

Y en una de estas íntimas y confidenciales conversaciones se ocupaban ambos camaradas, al comienzo de una oscura noche. El día precedente había sido de prueba y de fatiga extraordinaria; la jornada larga y penosa por falta de aguas en cuyas inmediaciones pudiera pernoctar la columna; y cuando ésta dió vista á las cenagosas lagunas que la brindaban el precioso líquido necesario para satisfacer, aun en malísimas condiciones de potabilidad, las necesidades de 500 individuos abrasados por la sed, una fuerte partida insurrecta que las ocupaba, opuso tenaz resistencia, siendo preciso librar empeñado combate para conquistarlas. Consiguieronlo, al fin, los soldados españoles, menos empujados aún por el grosero instinto de la sed material que por la sed de gloria en que les abrasaba su patriotismo, y ocuparon el campamento de los mambises cuando el crepúsculo daba paso á las profundas sombras de una noche húmeda y fría de las que abundan en las altas comarcas cubanas.

Claro es que aquella noche el rancho se hizo de prisa y de mala manera, que fué preciso adoptar grandes precauciones estableciendo un extenso servicio de seguridad y que, una vez garantizada la tranquilidad del campamento, no tardó en dominar en la columna la idea del reposo que Colás y Cleto se apresuraron á poner en práctica colgando sus *hamacas* y tendiéndose sobre ellas sin despojarse del correa, y dejando al alcance

de su mano el mauser por si fuera necesario usar de él repentinamente.

—Paice que el cuerpo agradece que le den esta postura—exclamó Colás imprimiendo un movimiento de vaivén á su *hamaca*.

—Esos malditos mambises bien nos han hecho bailar—interrumpió Cleto.—Cualquiera diría que el agua les pertenece igual que á nosotros la del Ebro.

—Pues para lo buena que es, podían habérsela llevado en el bolsillo. ¡Sabe á demonios!

—Mejor te habrá sabido la carta de Juanica que recibiste esta mañana. ¿No te ice ná de Rosica?

—Creo que sí, pero ¡si no he tenido tiempo de leela! ¿Tíes una luz?

—Aguarda, que aquí paice que tengo un cubico de vela. Sí, aquí es'á. ¿Tíes tu un misto?

—Allá vá... Acerca la vela... ¡Ajajá! Mira, coloca ahora la vela en esa rama que sale del árbol.

Cleto, después de pasar mil apuros, consiguió hacer que la vela se sostuviera en la rama. La luz, así, quedaba colocada entre los dos compañeros inseparables.

Colás sacó del bolsillo de su *guayabera* una carta que desdobló cuidadosamente y, aproximándose cuanto pudo á la luz, empezó á leer mientras Cleto escuchaba con atención.

—«Querido Colás: recibí tu carta, que me hizo llorar mucho, así como á Rosica, al enterarnos de los muchos peligros que pasáis, tanto tu como Cleto, en esa guerra que paice que no se vá á acabar nunca.»

En el momento en que Colás pronunciaba esta última palabra, se oyó una lejana detonación y, al propio tiempo, un rápido silbido y el choque de un proyectil contra el árbol, apagándose violentamente la luz.

La súbita impresión producida en los dos camaradas por aquél accidente inesperado, dejóles unos instantes poseídos del más profundo estupor. Envueltos de nuevo en las sombras, permanecieron silenciosos, llegando cada uno de ellos á creer firmemente que al otro le había ocurrido alguna desgracia.

Por fin, Cleto se determinó á romper aquel mutismo y, con acento de completa tranquilidad preguntó en alta voz:

—¿Y qué te paice de esto, Colás?

Colás, que recobró totalmente su serenidad, al convencerse de que Cleto estaba sano y salvo, exclamó:

—¡Maño! Que ese tío mambís debe ser algún sacristán que lo han despedido de la iglesia.

—¿Sacristán? ¡Rediós con la puntería! Los sacristanes no tiran con tanto acierto.

—Lo que ti he dicho, Cleto; sacristán y muy sacristán. ¿No has visto que no sirve pa otra cosa que pa *apagavelas*?

targetas postales no hace mucho tiempo, los coleccionistas de sellos de correos, de monedas, etc., etc.

Y en esto de las colecciones se ha llegado á lo más absurdo. Hace algunos meses un empleado de un ministerio que posee regular ilustración le dió la manía por coleccionar... papeles de cocina usados! y cuanto más sucios estuviesen, mejor.

En la época en que Napoleón regía los destinos del mundo, era moda otra clase de colecciones. La manía consistía en reunir fotografías y retratos de personas importantes.

Cierta señora de la aristocracia francesa de quien se decía estaba en posesión de la mejor colección, notó un día que para completarla necesitaba un retrato del emperador y en la primera ocasión que encontró, lo pidió á Napoleón.

—Vaya un capricho, dijo el emperador, que sea yo mismo el que lo entregue.

Y diciendo esto metió la mano en el bolsillo, de donde sacó una pieza de cinco francos que entregó á la dama diciéndole:

—Mirad, que nueveito está.

Los lectores recordarán que aquellas monedas se llamaban Napoleones y que llevaban grabado el busto del emperador.

LOS CABALLOS QUE

MUEREN EN LA GUERRA

Varía mucho el número, según la naturaleza de la lucha.

Cuando la artillería es la que desempeña el principal papel, mueren más caballos que hombres, por ofrecer aquellos mas campo, en cambio en los combates cuerpo á cuerpo, la proporción suele ser igual.

Según una estadística en 15 escaramuzas durante la guerra de la Independencia murieron 380 caballos y 360 hombres.

En Fontenoy por 635 caballos muertos perdieron la vida 311 hombres.

Durante la guerra de Crimea, en la famosa carga de Balaclava, murieron 360 caballos y 280 hombres.

La proporción de bajas en los años 1631 á 1799 fué de 150 caballos por cada 100 hombres y en artillería de 133 caballos por 100 hombres. De 1860 al 71 la proporción fué de 140 de los primeros, por 100 de los segundos y en artillería de 133 por 100.

La mitad de los caballos que envió Inglaterra á Crimea, murieron en este último punto por exceso de trabajo, mientras que en el combate solo perecieron 500.

Napoleón llevó consigo á Rusia 60.000 caballos que al regresar á los seis meses se habían reducido á 16.000.

En la guerra de Egipto de 1882 murieron más de la mitad de los caballos enviados, pero en el campo de operaciones solo perecieron 600.

Una de las cosas que causan más bajas en la caballería, es el transporte por mar pues ó se estropean los animales con las caídas ó se vuelven locos por el miedo que experimentan.

Lo que sí puede asegurarse es que el caballo no puede resistir la fatiga y el hambre, como el hombre.

UNA ANÉCDOTA DE NAPOLEÓN

En todos los tiempos y en todos los países, los coleccionistas han constituido una verdadera plaga.

Recordarán los lectores el furor de las

HISTORIA MILITAR

EL ALFEREZ MANTEQUILLA

6

EL EJÉRCITO DE AYER

La orden cayó como una bomba en el cuarto de Banderas, y la explosión, con todas sus consecuencias, repercutió en los pabellones del amplio y viejo cuartel; que para desesperación de oficiales madrileños edificara en el pueblo de su marquesado el marqués de Leganés.

Y la cosa no era para menos; el regimiento acababa de instalarse en el pueblo donde dicen que curan los locos, después de haber hecho asiento de quince días en la Corte, tras un viaje desde Bilbao. No repuestas de tal trasiego las butacas mansas y las sillas cojas, el mobiliario regimiental se veía amenazado de otra peregrinación, porque la orden rezaba bien claro, que el primer batallón en un tren y al día siguiente el segundo, emprenderían la marcha con destino á la guarnición de Badajoz.

Aquello era la ruina, el desastre de los oficiales, en su casi totalidad casados, y con no escasa prole. El regimiento, al terminar la guerra con los carlistas, había quedado formando parte del ejército de ocupación, y como el amor camina siempre detrás de la guerra, los ocios de la paz enardecieron á cupido y el alado ciego no dejó soltera moza alguna en aquellos pueblos, donde poco há retumbara el eco del cañón. Gente ruda, como salida de las mismas filas, los oficiales no anduvieron eligiendo y cargaron con toda la doncella disponible, sin fijarse en escrúpulos sociales: la moza de mesón, como la robusta labradora, entraronse de rondón por las puertas de la jerarquía señorial.

Y como la misma prisa que pusieron en casarse, anduvo también en lo de las consecuencias del sano y perfecto matrimonio, cada uno fué, al cabo de pocos años, una tribu y todos juntos la impedimenta más voluminosa que pudo ni podrá tener ninguna tropa.

Con esto baste, para imaginar, que pocos minutos después de llegar la orden del traslado, las galerías del cuartel eran teatro de los femeninos comentarios, sazonados unas veces con lágrimas y otras con flores al ministro de la Guerra; todo en vasculencia para fortuna de oídos delicados.

El coronel, hombre de corazón tan blando en la paz, como duro en la campaña, se creyó obligado á interceder por todas aquellas víctimas de la decisión ministerial, y ni tardo, ni tímido, á Madrid se fué para exponer respetuosamente al Capitán general la situación precaria de las familias de su regimiento, condenadas á un viaje costosísimo tras el no menos caro que acababan de verificar, y tal elocuencia y energía desplegó en su petición, que por primera vez dispusieron los poderes públicos, que las familias y sus correspondientes mobiliarios fuesen transportados por cuenta del Estado, en un tercer tren que partiría de Leganés al día inmediato al que saliera el segundo batallón.

Cuando el coronel comunicó la buena nueva, reunióse la junta de jefes y capitanes para dar forma á tan benéfica como justa disposición. Marcóse la hora en que el menaje de cada familia había de estar aparcado en el muelle de la estación; se ordenó que los asistentes acompañaran á estos enseres, se hizo la lista de los viajeros, que entre señoras, señoritas y niños de ambos sexos, sumaban un respetable batallón, y, por último, se nombró al oficial que había de encargarse del cuidado y atenciones de tan débil como abigarrado personal.

La elección no pudo ser más acertada: el alférez Gómez, soltero, de dulce trato, amabilísimo siempre con las damas, pecando quizá de enamorado, pero honesto, como corresponde á joven de buenos principios y de carácter bondadoso y tierno; *El alférez mantequilla* llamábanle sus compañeros, por la suavidad de sus modales y porque era natural de Soria, de donde es fama que proceden las mejores y más batidas mezclas de la mantequilla, el agua y el azúcar.

Todos hubimos de felicitarle por tan distinguido nombramiento, de que él no dejaba de estar ufano, y sólo un capitán con suegra, dos cuñadas y cuatro hijos, le dió el pésame, diciéndole: «amigo Gómez, antes de llegar á Badajoz, se lo han comido á usted en tostadas.»

Con una hora de anticipación á que se formase el ferroviario convoy, el despedido andén de Leganés; estaba animadísimo. En un grupo *las jefas* lucían sus sombreros de viaje, en que dominaban las plumas verdes y las flores rojas; algo apartadas conversaban *las capitanas* y *subalternas*, cada una ataviada según su gusto y condición, y no muy lejos *las sargentas* y *músicas* con las señoras del cantinero y del maestro armero, aguardaban en animada plática que se procediese á su colocación.

Un enjambre de chiquillos coreteaban de un lado al otro de la vía, y los asistentes con la clásica blusa hecha un nudo en las puntas, guardaban las cestas de la merienda, jaulas con pájaros, sacos de noche y otros artefactos que nadie sabe por qué se llaman también de noche, cuando es público que pueden usarse de día. De algunas sombrereras, con agujero; en la tapa, salían mahullidos que denunciaban la calidad del incógnito viajero.

El alférez *Mantequilla*, en su elemento, iba de grupo en grupo como mariposa de flor en flor; jamás había cargado con tanto *patchouli* el pañuelo, ni había puesto tanto cosmético en las guías de su incipiente pero cubierto bigote.

Solita, envuelto el gracil cuerpecillo en un abrigo de buen corte y velado el lindo rostro por espeso velo que flotaba desde su bello sombrero de viaje, una señora muy joven, casi una niña, esperaba también, sin reunirse á los grupos de sus compañeras. Adivinábase que no conocía á nadie. Era una muchacha casada ocho días antes, con un teniente del regimiento, y en su actitud y sus modales daba á conocer que no encajaba mucho en el marco de sus compañeras de empleo.

Mantequilla, que era hombre discreto, la saludó como á todas y haciendo hono-

á su penetración, llevóla al grupo de las jefas como flor y nata de la comunidad. Aquello levantó algunas murmuraciones en el grupo de *capitanas* y *subalternas*, donde las había de rompe y rasga y muy enteradas de los derechos de cada conyuje, según los de sus respectivos maridos.

Haciendo ¡chin! ¡chin! en la plataforma, abordó el tren al muelle; traía un sólo coche de primera; *Mantequilla*, finísimo, abrió la ortezuela, acomodó á la señora del coronel con su niña, una morenita que al poner el piecico en el estribo mostró una media, y medio causó un vahido al alférez. Entraron luego las *tenientas coronelas* con su correspondiente prole; después las *comandantas* y entre chicos, niñas y amas de cría llenóse el vagón; pero como quedara libre un asiento, *Mantequilla* tomó de la mano á la recién casada y la colocó en primera contra todas las reglas y derechos que figuran en las listas de embarque y en las Reales Ordenanzas.

Encaminábase á la colocación de las *capitanas*, cuando una de ellas, bigotuda y terne, le salió al encuentro.

«Oiga usted Gómez—dijo—ese asiento de primera me corresponde á mí, porque tengo mayor empleo, y agradezca usted que no quiero separarme de mis niños, que sí no, ahora mismo se bajaba esa cursi; lo menos que podía usted haber hecho es haberme ofrecido el sitio; mi marido le pedirá á usted una explicación de esta grosería.»

Muy colorado *Mantequilla* se confundió en excusas, metió, no sin trabajo, las *oficiales*, acoplándolas según ellas mismas quisieron. Las de tercera clase le dieron menos que hacer, y por último, los asistentes con sus artefactos domésticos, entraron en los vagones, unos por propio impulso y otros ayudados por algún puntapié del alférez que insensiblemente se iba poniendo áspero.

Un tren militar tiene la obligación de dejar paso á todos los trenes expresos, correos, mixtos y de mercancías; así es que desde Leganés á Badajoz puede tardarse (y aquella ocasión no tardó menos) dos días y una noche. La perspectiva no era muy risueña porque la compañía de ferrocarriles siempre espléndida, había dispuesto el tren con el material justo y preciso, y no quedaba esperanza de estar las piernas en muchas horas.

Los principios del viaje fueron buenos; *Mantequilla*, atento y cuidadoso, iba de vagón en vagón enterándose de todo y supliendo deficiencias. Ya era un botijo de agua que había que llenar para que bebieran los niños; ya enterarse de lo que se tardaría en los trayectos. Poco á poco, la molestia del viaje fué agriando los caracteres; una *tenienta* quiso á toda costa cambiar de coche porque el niño de una *capitana* la había hecho una gracia en el vestido, el angelito estaba con la dentición.

Otra señora, suegra de un alférez, quería abrir la ventanilla porque se ahogaba y las mamás se oponían por si se constipaban los chicos.

Hubo que telegrafiar en una estación porque se le había volado el sombrero á la esposa de un comandante. Gómez iba perdiendo la serenidad y pasaba largos ratos en el departamento de primera,

junto á la niña del coronel, haciéndose sordo á las llamadas que desde todos los coches le dirigían en las estaciones.

Bien hubiera querido aceptar el almuerzo con que le brindaba la *coronela*, pero habíale invitado la señora de su capitán, una vizcaína francota que tenía grande afecto al bueno de *Mantequilla*. A la hora prefijada pasó á su coche y allí frente á frente destaparon la más abundante cazuela de bacalao que manos vizcainas hayan aderezado y compuesto. Muy del gusto de Gómez era el plato, pero más debiera serlo de la capitana porque aquello era devorar pimientos y abadejo con una soltura tal, que hubo el alférez de temer por la digestión de su comensala.

Quedó la cazuela limpia, la capitana llenó del todo y las compañeras de vagón asombradas de la capacidad abdominal de la vizcaína.

Una hora después los pimientos hacían su labor revolucionaria, la capitana empezó por lanzar ayes que pronto se convirtieron en bramidos; *Mantequilla* se volvió de espaldas mientras la despojaban del corsé que ya era cilicio inaguantable, el tren marchaba lentamente.

—Ya no puedo más Gómez—jimió la infeliz—si no llegamos pronto á una estación me muero, porque el cólico va á romper.

—Señora,—decía *Mantequilla*—aguanten V. un poco, que ya no podemos tardar.

Pero el tren no paraba y aquella mujer todo eran baseas y congojas. Se pensó en ponerla en la portezuela sujetándola entre todas, pero era arriesgado. Una más ingeniosa gritó: «que se vuelva de espaldas Gómez y use V. la cazuela.

¡Horror de los horrores! la cazuela se volvió á llenar.

La atmósfera del vagón se hizo irrespirable, lloraban los chicos, las mujeres le echaban la culpa á *Mantequilla*; el pobre alférez tuvo un arranque de mal humor y andando el tren cometió la temeridad de cambiar de vagón, pero el desgraciado llevaba en sí el aroma y no de su pañuelo; se le recibía con protestas; harto al fin y aireado para no trascender á la pestilencia de la cazuela, se instaló definitivamente junto á la hija del coronel y ya no hubo forma humana de arrancarle de su asiento.

A las treinta y seis horas de viaje el tren llegó á Badajoz: aquellas mujeres no lo eran, eran furias; los maridos que en la estación las esperaban se enteraron enseguida de la descortesía y el abandono del alférez Gómez. Unos le pedían explicaciones, otros se quejaron al coronel, todos estaban indignados, furiosos. ¡Vaya un modo de ejecutar una comisión tan delicada y tan honrosa! *Mantequilla* había cambiado su natural apacible y dulce y contra todos se revolvió, á todos contestaba; le habían vuelto loco, era otro hombre.

Llegó hasta faltar al respeto á un capitán, y el comandante de su batallón para poner término á tanta queja ordenó al pobre Gómez que inmediatamente se personara arrestado en Banderas.

El infeliz *Mantequilla* se marchó al cuartel, entregó su espada al capitán de guardia; y éste que era el de la suegra,

dos cuñadas y cuatro hijos, dándole una cariñosa palmadita en la espalda.

—Amigo *Mantequilla*—le dijo—dé V. gracias á Dios de que no se lo hayan comido á V. en tostadas.

Aquel episódico viaje trastornó para siempre al alférez Gómez, que hoy es jefe y tiene tan mal genio que sus subordinados le llaman el comandante Vinagre.

LA BARAJA DEL SOLDADO

Aunque muchos de nuestros lectores conocerán el documento que á continuación insertamos, por haberse publicado á raíz de la pérdida de nuestras colonias, lo hacemos hoy por curiosidad, considerando que difícilmente podrá encontrarse un certificado más famoso entre los expedientes militares.

Hé aquí el certificado en que consta la solución del proceso seguido contra el soldado, que no debía tener pelo de tonto.

«Certifico: Que en el folio 31 del libro de Expedientes, hay un dictamen que dice así: Que estando el domingo 6 de Abril de 1870 oyendo misa la fuerza de este batallón, observó el sargento primero de la segunda compañía que mientras se celebraba el Santo Sacrificio, un soldado tenía una baraja en las manos y la repasaba con la mayor atención, por cuyo motivo á la llegada de la fuerza al cuartel fué conducido al calabozo el soldado de referencia y se dió parte por escrito al jefe del cuerpo; é informado el señor teniente coronel del delito del soldado dispuso la formación del expediente nombrando, al efecto, fiscal al señor ayudante.

«Constituido el tribunal que había de juzgarle en el cuarto de banderas, fué conducido el acusado á su presencia; y preguntados sus nombre, patria, religión, estado y ejercicios, dijo llamarse Andrés Espinosa Montero, natural de Logroño, su religión la Católica Apostólica Romana, soltero y perteneciente al batallón cazadores de Bailén número 1, segunda compañía. Preguntado por qué siendo cristiano, como dice, en vez de estar oyendo misa con devoción había sacado una baraja y se entretenía en repasar las cartas, dijo: «Que careciendo de rosario había ideado sustituirlo con la baraja, para con sus distintas cartas poder meditar mejor sobre los diversos misterios de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo.»

Preguntado: Explíquese y diga cómo medita en la baraja tan sagrados misterios, dijo: «Contemplaba empezando por los ases: en el de bastos, la columna donde amarraron al Señor. En el de espadas, cuando San Pedro cortó la oreja á Malco. En el de copas, cuando le presentaron en una la hiel y vinagre, y en el de oros, consideraba el ósculo de paz, que dió Judas al Redentor, al entregarlo. En los cuatro doses, los ocho verdugos que azotaron al Señor. En el tres de bastos, los cordeles con que fué arrastrado. En el tres de espadas, contempló los tres clavos con que fué clavado en la cruz. En el tres de copas, medito las tres per-

sonas de la Santísima Trinidad. En el tres de oros, contemplo los treinta dineros con que vendió Judas al Señor. El cuatro de copas me representa cuatro santos que son: Santo Tomás, Santo Domingo, Santo Tomé y Santo Toribio. En el cuatro de bastos, considero los Doctores de la Ley y en el cuatro de espadas, me represento los cuatro Evangelistas que fueron á predicar en las cuatro partes del mundo.

Al contemplar el cuatro de oros y cinco de espadas, me hace meditar en los nueve misterios gloriosos de María Santísima.

«El cinco de bastos en igual número de dolores que sufrió la madre de Jesús; y el cinco de oros, me representa las cinco llagas del Redentor; como igualmente el de copas me lleva á considerar hasta qué grado tuvo que apurar nuestro Redentor el cáliz de la amargura. En los seis de bastos y espadas considero á los doce Apóstoles. En el siete de copas considero los Sacramentos de la Iglesia. En el de espadas, me represento los siete dolores que traspasaron el corazón de la Virgen; y el siete de oros, los siete pecados capitales. Las sotas de copas, espadas y bastos, me representan las tres Marías; y el caballo de espadas, el judío que dió la lanzada. Los caballos de copas, oros y bastos se me figuran los tres Reyes que vinieron de Oriente; y en los cuatro Reyes contemplo las cuatro columnas del templo de Salomón.»

«Preguntado: ¿Cómo todas las cartas tienen su significación menos la sota de oros? Dijo: Que como se parecía á su sargento primero, que fué quien dió parte de él, no la había querido mezclar en tan sagrados misterios.»

«Y con esto terminó su declaración, siendo en el acto absuelto de culpa y agraciado por los jefes del batallón con tres meses de licencia temporal y dos pagas en concepto de gratificación.»

«Habana 27 de abril de 1870.—Conforme. El teniente coronel, primer jefe, Suarez Argudín. Es copia del *Boletín de Justicia Militar* del 15 de Noviembre de 1897.»

Las marinas europeas.

Neue militärische Blätter hace un estudio comparativo de las marinas de las naciones que arroja el siguiente resultado:

Alemania: 1545 oficiales de navío; 239 mecánicos; 234 médicos; 189 pagadores; 21 capellanes; 553 candidatos oficiales; 149 oficiales técnicos; 39.385 sub-oficiales y marineros; en total 42.369 á los que hay que añadir 1.279 de infantería de marina y 3.265 artilleros. Total general: 46.913.

En el presupuesto del año próximo esta cifra se aumentará en 3.000 hombres. Inglaterra sostiene para su marina: 128.000 hombres, Francia 56.000, Italia 28.500 y el Japón 39.712.

Estas cifras dan la superioridad á Alemania si se considera que hace quince años no tenía más que 10.000 hombres para la marina y hace diez apenas si llegaban á 20.000. Este hecho empieza á inquietar á la propia Inglaterra.

PAGINAS HISTORICAS

EL REY DE LOS ESTAFADORES

Increíbles aventuras de un seminarista que llega hasta oficial y se convierte después en redomado bribón, fingiéndose obispo, general y consiguiendo estafar estupendas sumas en España y diversas naciones.

Si no existiese en los arehivos franceses el proceso; si no fuese popular la leyenda del estafador Collet; y si no estuviesen editadas las «Memorias» por el escritor, cuando fué recluido á prisión, tendrían que ponerse en duda las estupendas aventuras de este sujeto, conocido por el calificativo de «Rey de la estafa.» Tan increíbles resultan y tal es la dosis de fresca é ingenio que supone realizar lo que durante tantos años hizo para apoderarse de lo ajeno.

Anthelme Collet nació en 1758, en Belleu, en el Ain (Francia), de «padres pobres, pero honrados», según dice en sus Memorias el mismo. Su padre era carpintero y su madre costurera. Su padre, soldado en el 93, murió en Piemont á la cabeza del batallón que mandaba, y entonces se encargó de la educación del joven Collet, su abuelo, que no consiguió sacar partido alguno, pues á los doce años el chicuelo era lo que se llama un pillete, merodeador, ladrón, etc.

«Una buena vara de acebuche es lo que necesita» decía un antiguo general, amigo de su abuelo. El pequeño Collet que se enteró de lo que decía el general, prometió vengarse. Fué á casa de un pastelero y encargó 20 docenas de pasteles en nombre del general. Después, sabiendo que la esposa del militar estaba en cinta, se dirigió á todas las nodrizas que residían en el pueblo, para que fueran á presentarse. Figúrense los lectores el asombro del general y de su señora al ver desfilar por su domicilio nada menos que 68 nodrizas y un sin fin de criados conduciendo bandejas de pasteles.

El abuelo, no pudiendo hacer carrera del nieto, envió á Collet á uno de sus tíos, cura párroco de Chalon-sur-Saone, que sacerdote no juramentado tuvo que refugiarse en Italia. Convertido en Florencia, limosnero de Francisco de Bernis, arzobispo de Albi, el tío hizo entrar al sobrino en un convento. Después del Concordato, volvieron á Francia, y como Anthelme Collet rehusase tomar las órdenes, otro de sus tíos, jefe de batallón, quiso hacerle soldado y consiguió que le admitiesen en la Escuela militar de Fontainebleau. Diez meses después, Collet era nombrado subteniente y enviado á Breseia. Como hacían falta militares, el ascenso de los oficiales era muy rápido. Quizá, como otros muchos, el joven Collet llegase á mariscal.

Pero la milicia no le entusiasmaba. Decía en alta voz que prefería el claustro, siendo ésto causa de que sus camaradas le designasen con infinidad de apodosos, burlándose de su beatitud.

En el ejército, sin embargo, había algo más que hacer que burlarse de los compañeros tímidos; era necesario batirse y el regimiento de Collet partió para Ga-

ta. En el primer combate resultó herido nuestro protagonista de un casco de metralla y fué transportado al hospital de sangre. ¡Una herida á los veintiun años! Es o ocurría en 1806; era el primer paso para conseguir el bastón de mariscal. Pero Collet, como decimos, llevaba á disgusto su vida militar. Indudablemente sentía mayores inclinaciones al claustro y convencido de ello desertó; no sin desvalijar antes á su vecino de cama, un oficial que sintiéndose morir le confió sus papeles y su cartarra para que los hiciese llegar á su esposa. Collet lo guardó todo en el bolsillo, se desembarazó de su uniforme y se refugió en el convento de San Pedro, en Cardinal, decidido á hacerse sacerdote.

Allí permaneció dos años. El mal soldado se había convertido en un novicio modelo. Aprendió latín y siguió los cursos de elocuencia sagrada, estudiando



además, por propio impulso, los sermones de Massillon y Bourdaloue, lo que le valió los plácemes del superior. El teniente desertor tranquilo en su claustro, vivía tranquilo y dichoso, cuando fué agregado á los misioneros en la Pouille. Llevó tan bien su cometido, que guardó para sí 2.000 francos, sin duda como comisión. Cuando volvió al convento se le encargó de enseñar el catecismo á los niños. El padre de su discípulo predilecto, un síndico, le invitaba frecuentemente á comer. Collet se apresuró á abrir los cajones de la mesa del despacho del síndico y á llevarse unos cuantos pasaportes en blanco. La soledad del claustro le pesaba, tenía necesidad de libertad, y estos pasaportes le sirvieron. Decidido á juzgarse el todo por el todo, habló con el superior y le explicó que poseía una renta

de 10.000 francos, que no había podido recuperar por ser desertor y que deseaba entregar la suma á la comunidad. El padre superior le dió una carta para un banquero que se encargaría de negociarlo y de adelantar alguna cantidad.

Collet partió para Nápoles, donde el banquero Torlonia le recibió cariñosamente y sin pedirle explicaciones, le entregó 22.000 francos en metálico. Este era el principio de la fortuna. Collet, ya rico, pensó en correr grandes aventuras.

Marqués, obispo y cura de aldea.

Alquiló un gran carruaje, tomó el nombre de marqués Dada que inscribió en uno de los pasaportes robados y se dirigió á Cápua. A la entrada de la ciudad un agente de policía le pidió el pasaporte, lo examinó y lo guardó. Collet tuvo miedo y pensó en huir, pensando que podía haber olvidado alguna formalidad del pasaporte, cuando llegó un comisario ceremonioso y respetuoso diciéndole:

—¡Monseñor! os presento toda clase de excusas. Mis agentes han obrado mal con una persona de vuestro rango.

Collet respondió en el acto:

—Han cumplido con su deber, señor comisario; tened la bondad de entregarle estos cinco luises de mi parte, de parte del marqués Dada.

Y aquella misma noche, Collet comía en casa del comisario de policía, encantado de tener en su mesa á un huésped tan distinguido. Era natural que se hablase de policía. «Esta de Cápua, dijo el magistrado, es una de las mejores de Italia. Nunca se nos escape ningún bandido. Yo conozco á los malhechores y gente maleante, cualquiera que sea el disfraz que adopten.» Collet se preguntaba si todo aquello no pararía en ser detenido á los postres. Nada de eso. Después de comer, el comisario llevó al marqués á dar una vuelta por la ciudad y Collet permaneció varios días en casa del comisario.

Después marchó á Gaeta, siempre en carruaje. En el camino ofreció un puesto en su coche á un oficial francés llamado Tholozan del décimo regimiento de línea y que era caballero de la legión de honor. Mientras charlaban, Collet se apoderó de la cartera. Se separaron en Terracina y Collet entró en Roma con el nombre del teniente Carlos-Alejandro Tholozan.

Los estafadores son afortunados. El azar parece entregarles sus víctimas. Un día miraba Collet los cuadros en la catedral de San Pedro, cuando se le acercó un sacerdote. Trabaron conversación y Collet dió su nombre: M. Tholozan, de Lyon.

—¿Cómo? ¿Sois el cuñado de M. de Courtine?

—El mismo.

—No podéis seguir viviendo en el hotel. Soy el abate Faux, secretario de su eminencia el cardenal Fesch, tío del emperador, y os velis á vivir conmigo en el Palacio.

Y hé aquí á Collet, instalado por el abate Faux en la Piazza Colonna, invitado á comer en casa de los principales dignatarios de la Iglesia. Llegó á Roma el cardenal Fesch y Collet de rodillas recibió la bendición del cardenal y comió á su

lado por la noche. Era preciso aprovecharse de las circunstancias. Amigo del tío de Napoleón I, le fueron abiertas todas las puertas. Encargó un guardaropa y se hizo prestar por el mismo 60.000 francos; un confitero le dió 5.000. El jardinero de Monseñor le prestó 1.800 francos. Un joyero le vendió á crédito alhajas por valor de 6.000 francos. «Hubiera podido desvalijar, dice Collet en sus Memorias, al último marmitón de la cocina episcopal.

Peró aquello no podía prolongarse. Era preciso huir por prudencia. Un día, que estaba sólo en el gabinete del abate Faux, robó trajes tales y una bula con el nombramiento de obispo. Después, solemnemente, y tomando el nombre del cardenal Fesch, que le dió su bendición, hizo un viaje por Italia. Se detuvo en Viterbe para ver el túmulo de Santa Rosa y visitó Siena y Bolonia, donde continuó engañando á todo el mundo.

El buen comisario de Cápua estaba equivocado. La policía en Italia era una desdicha. Collet recogió en el correo una carta del cardenal, en que se le denunciaba á la policía, y la rompió. Para mayor seguridad se instaló en Lugano, en casa de un impresor y se hizo tipógrafo. Componía literatura y pasaba parte del tiempo escribiendo sus memorias. Después le atacó de nuevo la pasión por las aventuras. Se aburrió en Lugano, como se aburría en el regimiento y en el claustro. Pensó en fundar un teatro. No tenía compañía, pero ¿qué importaba? Se mandó hacer un uniforme de general, otro de comisario y otro de obispo. La comedia la desempeñaría él mismo y no le faltaría escenario. Empaquetó los trajes en un baul y se dirigió á Francia.

En el camino se puso una sotana y se hizo pasar por sacerdote napolitano, precisado á huir por causas políticas.

En Gap, y gracias á las cartas robadas en casa del abate Faux, se presentó en la del gran vicario, que le instaló en el archiepiscopado. Allí permaneció seis meses, diciendo misa diariamente. Por Nochebuena el obispo le encargó un sermón sobre el nacimiento de Cristo, que obtuvo gran éxito. El curato de Monestier se hallaba vacante y Collet fué designado para ocuparlo. Cuando se instaló, el alcalde le saludó y todos los fieles acudieron á la iglesia á escuchar al nuevo párroco en la misa mayor. Collet se sintió emocionado y dijo: «Yo trataré, mis queridos hermanos, de conseguir vuestra confianza, por mi celo, en cumplir los deberes y mi cariño hacia vosotros.» Era liberal con los pobres, socorría todas las miserias y sus fieles le profesaban gran cariño. Vivía dienosamente en su presbiterio; todo el pueblo le surtía de vituallas. Decía la misa, confesaba, bautizaba, casaba y asistía á los entierros.

Peró esta vida de cura de aldea no podía por menos de parecerle monótona. Era preciso marcharse. Sólo que antes hizo una colecta entre sus fieles para edificar una nueva capilla y con el pretexto de comprar los materiales necesarios, desapareció para siempre.

Era el judío errante de los estafadores.

Nuevas hazañas.

Si la sotana de médico cura, le había

proporcionado grandes ventajas, el traje de obispo debía proporcionarle grandes éxitos. Sacó de la maleta la muceta de obispo y desembarcó en Niza con el nombre de Monseñor Pascualini. La llegada de un gran dignatario es siempre un acontecimiento.

El obispo de Niza envió á su hotel al vicario general. Collet muy grave dió á besar su anillo y le otorgó la bendición pastoral. Solemnemente se le condujo al obispado. Collet, por las calles, continuó bendiciendo á los fieles que se prosternaban á su paso y después una gran comida para festejar la llegada de Pascualini. Se habló de teología, y Collet se sintió hasta elocuente cuando se disertó acerca de la Santísima Trinidad. El obispo de Niza era muy fuerte en cánones.

Al día siguiente visitó los seminarios. Los seminaristas, de rodillas, recibieron al obispo italiano cantando el *Laudate*.



—Mañana tengo que ordenar de sacerdotes á 60 seminaristas. ¿Queréis ordenarlos en mi lugar?, le preguntó el obispo de Niza.

—No, respondió Collet. Soy extranjero.

—Precisamente. Les haréis un gran honor. Si queréis, podéis interrogarlos.

—Hacerle sufrir un examen teológico y delante del obispo de Niza! Collet no perdió la cabeza y contestó:

—No, Monseñor, es inútil. Vos los conocéis mejor que yo y vuestra intención no será, seguramente, ordenar burros.

Collet subió á su habitación, abrió los libros y pasó la noche aprendiendo el modo de ordenar sacerdotes. Releyó los sermones de Bourdaloue y al día siguiente con el báculo y la mitra distribuyó á los seminaristas el sacramento sacerdotal y recitó el sermón de Bourdaloue, acerca de la *Ordenación*. Nadie se apercebió de la superchería, el sermón hizo gran efecto y el obispo de Niza felicitó á su querido colega Pascualini por su elocuencia. ¡Bourdaloue era maravilloso!

Peró esta comedia no podía reportar gran utilidad á Collet y marchó á Grasse, dirigiéndose á casa del comisario de policía y diciendo que unos bandidos le habían desvalijado en el camino, y todos los habitantes de la localidad hicieron una colecta, que dió por resultado 30.000 francos. Después de haberse hospedado en casa de la generala Lafeniense, donde se presentó como antiguo soldado del ejército italiano, se decidió á ir á explotar

París, la gran ciudad. Empezaba á cansarse de las provincias y de su traje de obispo.

¡París, el supremo refugio!

En París, Collet, con el dinero que tenía, podía vivir dichoso y tranquilo.

No, se aburría. Se aburría siempre. Tenía sed de aventuras. ¡Los disfraces eran su vida! Por casualidad encontró á un oficial que había conocido en Fontainebleau, M. de Saint Germain.

—¿Qué hacéis en París?

—Nada.

—Entrad en el ejército.

Y el oficial le hizo nombrar teniente del 47 regimiento de línea, de guarnición en Lorient.

El antiguo desertor volvía á ser militar. Al cabo de ocho días sintió el *esplín* de las estafas. Pidió un permiso, cogió la sotana y se hizo pasar por canónigo honorario.

El prefecto de Boulogne tenía algunas sospechas y dió orden de que se le detuviese. Con rapidez se despojó de la sotana y pasó por delante de los gendarmes con el uniforme de comisario.

Vuelto á Lorient con 60.000 francos, se instaló en el *Hotel de la Espada*, ofreciendo banquetes á los oficiales, sus camaradas, con el dinero de las limosnas. «La fé salva, escribía en sus memorias, el mérito de la limosna no consiste en la dignidad ó indignidad del que la recibe, sino en la intención del que la hace.»

Como se ve, además de un estafador, el gran Collet era lo que solemos llamar en España, un *fresco*.

Habría quien se pregunte si Collet no estaría atacado de la manía de grandezas. Este estafador ¿sería un loco? Rico, sin necesitar dinero y sin ser jugador, quería robar, robar siempre y concibió el proyecto de robar al Estado. Lo que él quería era la gloria.

«La ambición, escribía, ha sido siempre mi pasión dominante.»

Pidió un nuevo permiso y abandonó Lorient, vestido de general inspector. Esto ocurrió en 1812. Napoleón se encontraba en Rusia con un fuerte ejército, mientras en España continuaba la lucha encarnizada. Francia necesitaba soldados. El general Mallet intentaba derribar el Imperio.

Una nueva falsedad no le importaba á Collet y se fabricó una orden con plenos poderes para reorganizar el ejército de Cataluña y se convirtió en el inspector general, conde Carlos-Alejandro de Borromeo. Llegó á Valence (Drome) y se hizo abrir las puertas de la ciudadela.

—¿Pero quien sois?, le preguntó el comandante de la plaza. Vuestra visita no ha sido anunciada.

—He aquí la orden, que está en regla, ¡está todo tan desorganizado y el emperador está tan lejos!

Y el comandante se inclinó delante de este general, lleno el pecho de condecoraciones.

Entonces empezó un verdadero asunto de opereta. La guardia presentó las armas al general; Collet inspeccionó la ciudadela, y al día siguiente, en la gran plaza, pasó revista á las tropas. Cumplimentó á los soldados por su buen aspecto y al vez entre las filas á un anciano le preguntó:

—¿Desde cuando servís?

—De de hace veinte años, mi general.

—¡Veinte años! ¿Y sois un simple granadero? Os hago teniente coronel y os agrego á mi estado mayor. Partiremos para Cataluña. ¡Sois un bravo!

Y volviéndose hacia el capitán.

—¿No estáis condecorado?

—No, mi general.

—Pues bien, lo estáis. Os concedo la legión de honor.

Collet agregó á muchos oficiales á su estado mayor, y después de haber tomado 20.000 francos en la caja del regimiento, continuó su viaje. En Avignon, el comandante de la plaza muy respetuoso, solicitó su protección para obtener un cambio de residencia. Collet lo prometió y tomó 115.000 francos de la caja. En Marsella pasó revista á 2.000 hombres. Y continuó su triunfante inspección. En Montpellier, Collet visitó los cuarteles, las escuelas, la administración de los *Derechos reunidos*. El pueblo aclamó al general conde de Borromeo. La muchedumbre le siguió por las calles y Collet distribuyó grados y cruces. Después de la revista, el prefecto de Montpellier le ofreció una gran comida. La prefectura estaba iluminada, el champagne circuló con esplendor y se brindó por el ejército de Cataluña y por las victorias futuras.

De pronto se abrió la puerta y se oyó ruido de sables. Eran los gendarmes. El jefe del escuadrón colocó su mano en el hombro del falso general Borromeo y le detuvo con todos los oficiales de su estado mayor.

¿Qué había pasado? Que el ministro desde París había dado orden de que se detuviese al falso inspector. El pobre prefecto, desolado, no cesaba de excusarse con sus convidados. ¿Qué aventura! ¿Y había pedido el ascenso al conde de Borromeo!

Empezó el proceso. Collet se negó á dar su verdadero nombre y el juez no pudo averiguarlo.

¡Y la opereta continuó! El suceso había hecho ruido y todo el mundo quería conocer al falso Borromeo. El prefecto le hizo salir de la prisión y lo llevó á la prefectura para enseñarlo á sus amigos como un animal raro. Dió una gran comida y á los postres debía presentarse el detenido. Pero un gendarme tuvo la imprudencia de encerrar al preso en la cocina. Collet se vistió de cocinero, cogió una fuente y saliendo de la estancia ganó la calle. Estaba libre.

El prefecto se aterró. No se trataba ya de su ascenso sino de su cesantía y ofreció una prima de importancia al que le detuviese. Collet no abandonó á Montpellier, y se alojó precisamente enfrente de la prefectura. Desde su ventana presenciaba todo lo que ocurría en casa del prefecto y cuando se convenció de que la policía había abandonado las pesquisas, salió de la población y se dirigió á Lorient, donde le esperaba su regimiento.

Por costumbre, en el camino trató de hacer una jugarreta á un comerciante de Grenoble, pero fué descubierto, detenido y condenado á cinco años de trabajos forzados. Nadie había reconocido en él al falso Borromeo. La prisión no le fué muy molesta. El alcaide le tomó afectó é

hizo que comiese en su mesa, cuando un día un visitante, antiguo oficial que el preso había reclutado para su estado mayor de Cataluña, reconoció en él al falso Borromeo. Se le condujo á Montpellier y empezó de nuevo el proceso. En su habitación, Collet arrojó al fuego todos los papeles que pudieran comprometerle. ¡Ni una sola prueba! Se le envió, simplemente, á cumplir cinco años en el baño de Tolón. Cumplida la pena se vió de nuevo en libertad, pero teniendo que fijar su residencia, según la ley, en Páisin. Naturalmente, huyó. Se refugió en Toulouse, en casa de los hermanos de la Doctrina Cristiana. Al cabo de algunos meses tenía las llaves de la comunidad y con el pretexto de comprar un terreno, por cuenta del convento, marchó llevando consigo el dinero de los hermanos y el que debía percibir el notario por sus honorarios. Total 74.000 francos.

El fin de un estafador.

Instalado en la Dordogne, bajo el nombre de conde de Goló, vivió en la casa del comisario de policía, M. Lafond, un hombre seacillo que le dió las señas del ladrón que se habían enviado á todas las comisarías de Francia.

No terminaron aquí las hazañas de Collet. Compró un terreno á la viuda de un consejero de Burdeos y con el pretexto de ir á retirar fondos de casa de su banquero, en Perigueux, pidió prestado al cura, al alcalde y al comisario de policía y desapareció para no volver.

En el Maine se instaló con el nombre de Gallat, alquiló un hotel, tomó numerosos criados, repartió dinero á los pobres y distribuyó diariamente comestibles entre los necesitados. Pero volvió á sentir la nostalgia del robo. Compró á un propietario una granja que no pagó; cambió la granja á un joyero por diamantes y vendió al mismo joyero una propiedad que no había existido nunca.

Sus estafas, antes geniales, llegaron á ser triviales. Por último, dió lugar á que le detuviesen y esta vez para no escaparse.

Fué juzgado en Mans, después de un largo proceso. Collet había sido reconocido por numerosos testigos.

El abogado general, en estilo declamatorio, muy en boga en 1820, reclamó contra el monomaniaco de estafas una pena severa. «Conocéis los repliegues sombríos de ese corazón hipócrita, que no se ha alimentado sino de veneno, y cuyo elemento era el crimen. ¡Camaleón monstruoso que tomaba todas las formas! reptil que se revolvía en todos sentidos arrojando su veneno...»

Collet, temiendo que la elocuencia de su abogado no fuese igual á la del abogado general, prefirió defenders á sí mismo.

Dijo simplemente:

«Señores, lo que os ha dicho el ministerio público es exacto. Merezco los mayores reproches. No voy á hacer una defensa, sino una confesión humilde y sincera. No he nacido para el crimen. La impunidad es lo que me ha perdido.»

Los jurados condenaron á Collet á 20 años de trabajos forzados y fué puesto en cadena y conducido á Brest. Los condenados, sus compañeros, le llamaban con

respeto *Señor obispo*. Sus jefes le estimaban. Continuó recibiendo dinero, á pesar de la vigilancia que se ejercía. ¿De dónde procedía? Nunca se supo. Se envió á Collet á Rohefort, donde la vigilancia era más rigurosa. Los empleados se inquietaban de los recursos misteriosos del forzado. Collet en su celda escuchaba las conversaciones de sus vecinos.

—¿Ha llegado el obispo?

—Sí. ¡Si vieras que grueso está! Está en el calabozo.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. Pero se dice que tiene en el cuerpo los diamantes de la corona.

Finalmente, y temiendo una evasión, se ordenó que se colocase al forzado sólo en el banco 24 de la sala de San Antonio, durante 26 meses. Después de dos años de tortura, fué llevado otra vez al Baño y allí empezó á escribir sus memorias.

Un librero había publicado una obra, donde Collet aparecía comparado á Cartonche, Mandim y otros célebres bandidos. El forzado protestó. El no había sido sino un ladrón. «La sociedad, escribía al editor, me es deudora de algunos buenos ejemplares. Yo no soy un asesino. No he tenido sino sed de honores y de riquezas.»

Entonces se decidió á publicar sus memorias, *las verdaderas*, «para hacer conocer al mundo» decía, á este Collet, á quien los jueces de Mans han puesto verde.

Cualquiera creería que sus hazañas habían terminado. Nada de eso. Desde el presidio vendió las memorias á dos editores distintos, á M. Bourdin, de la calle de Quincampoix, y á M. Roinac, y como consecuencia de ello, se entabló un proceso entre los dos editores. El tribunal de París, en 1837, resolvió que Collet, estando condenado, no había podido tratar ni con el uno ni con el otro.

Las memorias de Collet se titulan: *Memorias de un condenado ó la vida de Collet escrita por el mismo*. Los ejemplares que se conservan, son muy escasos y aparecieron en 1837. Tres años después, Collet sería puesto en libertad y pensaba seriamente entrar en un claustro, como le había aconsejado el abogado general, cuando en 1840, el mismo en que alcanzaba la libertad, cayó enfermo y fué transportado al hospital, donde murió. En el delirio de la calentura hablaba de riquezas inmensas, de tesoros ¡oro! ¡oro! Y sus dedos se dirigían á puntos invisibles, como si fuesen á alcanzar el precioso metal.

Un aeroplano militar.

En los comienzos de Diciembre empezaron en Rusia los ensayos de un aeroplano militar, constuido por los planos del capitán Schabsky.

En las primeras pruebas alcanzó una velocidad de doce metros por segundo.

Después de la lucha.

El 23 de Noviembre último, el secretario de la embajada de Rusia en Londres, estuvo en la representación oficial del Japón, entregando un cheque por valor de 121.511.024 francos 35 céntimos, que importaba la deuda de Rusia al Japón por el canje de los prisioneros de guerra.

ACONTECIMIENTO NAVAL

Yanquis y japoneses.—Lo que comerá una flota.—36 000 docenas de huevos —27 000 libras de legumbres —Siete millones y medio de francos en carbón.

Ha sido el acontecimiento mundial del pasado mes y constituirá actualidad palpitante hasta la terminación de su viaje, la salida de la escuadra americana de Hampton con rumbo al Pacífico.

No es para menos una tal movilización de tan gran número de barcos, en las condiciones que han salido de los Estados Unidos, con precauciones mas propias de preparativos estratégicos que para un viaje en tiempo de paz, y máxime si se tiene en cuenta los celajes que venían cubriendo las relaciones yanqui-japonesas.

Diez y seis acorazados divididos en dos escuadras componen la flota bajo las órdenes del almirante Evans, nombre que vá acompañado de tristes recuerdos en la historia patria. El mandaba el *Iowa* cuando fueron destruidos en aguas de Santiago de Cuba los barcos de Cervera.

A dichos acorazados acompañan cuatro barcos auxiliares, en donde además de almacenarse víveres y útiles, van montados talleres para reparaciones urgentes en alta mar. Como vanguardia exploradora lleva seis grandes torpederos y un buque taller que en las costas del Perú se convertirán en retaguardia, sirviendo de allí ya de vanguardia, dos cruceros que los esperarán en el Ecuador y las fuerzas del Pacífico que están constituidos por diez cruceros. En resumen, que cuando la flota americana esté en disposición de rendir el efecto moral ó material que su gobierno busque, en los mares del Pacífico la constituirán, 16 acorazados, doce cruceros, seis torpederos, un buque taller y cuatro buques más auxiliares.

No deja de ser curioso, dando idea de lo que supondrá económicamente tal viaje, algunos cálculos referentes á este paso del Atlántico al Pacífico de los acorazados y cruceros salidos de los Estados Unidos.

Los diez y seis acorazados con su potencia de 254.000 caballos de vapor, en los 63 días de marcha y 52 de estación en los puertos ó haciendo ejercicios de tiro en alta mar, calculan los técnicos consumen unas 253.000 toneladas de carbón que á 30 francos de precio como término medio dan la bonita suma de más de siete millones y medio de francos convertidos en humo, sin contar el consumido por las otras unidades.

En cuanto á los víveres, el cálculo es difícil. Apunta un corresponsal londinense que para los 15.000 hombres que llevan dichos acorazados van entre otras cosas 36.000 docenas de huevos; 8.000 fanegas de patatas; 270.000 libras de legumbres; 30.000 arrobas de carnes en conserva; 16.000 arrobas de licores de diferentes clases y algunos millares más de toneladas de víveres de diferentes especies, sin contar como es natural con los avituallamientos preparados en los puer-

tos que la escuadra toque. Súmese á ello, sueldos, las 20.000 toneladas de municiones para ejercicios pacíficos embarcadas, amortización por desgaste de cañones y buques, servicios auxiliares etc. etc. y se comprenderá que es difícil calcular la suma que tal viaje significa, sobre todo hasta conocer cuál sea su término y el desenlace de la cuestión que parece lleva aparejado este viaje.

Y juicio de la mayoría es, que el destino final de la escuadra será el Archipiélago filipino, donde tendrá como apostadero el puerto de Subic y allí permanecerá mientras haya temores de que la paz entre yanquis y japoneses pueda verse turbada.

Que hay indicios de ésto delátanlo muchas cosas. He aquí lo que á este propósito traducimos de una carta escrita por un oficial americano á su familia en Europa, y que ha publicado recientemente un periódico parisién.

«Los síntomas característicos que precedieron á la guerra hispano americana se reproducen hoy a propósito de la tirantez de relaciones entre el Japón y los Estados Unidos. Parte de los periódicos yanquis se han dedicado á sobreexceitar la opinión pública contra los japoneses. La caricatura, ha tomado una parte activa. Toda alusión á una victoria de los americanos produce gran regocijo y es recibida con frenéticos aplausos. La popularidad de Roosevelt aumentó el día en que decidió concentrar las escuadras en el Pacífico. Mis compatriotas tratan el asunto incurriendo en una gran ligereza; no se acuerdan de que aclamaban á los japoneses cuando lucharon éstos con Rusia.

Estamos á merced de una testarudez que de un día á otro puede hacer la guerra inevitable. ¿Por qué precipitarnos? Si nuestro objeto es hacernos dueños del Pacífico, vale más aguardar á que nuestra escuadra sea de una superioridad inmensa sobre la del Japón, superioridad que por ahora no tenemos.

La guerra con el Japón sería una guerra naval. No podemos pensar en desembarcar un ejército en el imperio del mikálo que opondría 1.500.000 soldados á nuestro desembarco.

Si fuésemos vencedores por mar, de nada nos serviría, no podríamos hacer que nuestro adversario cediese un ápice de terreno ó solamente pagase una indemnización.

La flota japonesa vencida se retiraría á las costas niponas y allí podía esperar indefinidamente.

Si por el contrario fuésemos vencidos por la escuadra japonesa, perderíamos las islas Hawai y las Filipinas, donde la infiltración, la inmigración metódica de japoneses, que ninguna medida ha podido evitar, tiene instalada en tierra americana una potente vanguardia japonesa.

En resumen, en la guerra que se prepara nosotros perderíamos siempre y no ganaríamos nada. Los mercados asiáticos serían para las potencias europeas que se aprovecharían del suceso.

Cometemos una falta irreparable atacando al Japón, tal es aquí la opinión del público sensato, pero están en minoría los que así piensan y no podrán imponerse.»

Y seguramente que á la mayoría de los

españoles, ante la posibilidad de un choque naval en aguas filipinas entre japoneses y yanquis, se les ocurrirá pensar si habrá Providencia.....

EL «CINE,, Y LOS RECLUTAS

El democrático «cine» ha recibido en Nueva-York aplicación curiosísima. El entusiasmo militar, entre los elementos voluntarios que nutren el ejército yanqui, iba decreciendo, viéndose negras las autoridades para atraerlos.

La cinta cinematográfica sirve ahora de espejuelo. Variadas escenas donde aparecen el relieve viriles sacrificios y premios á las abnegaciones del ejército, están empleándose para despertar el entusiasmo entre las masas y que éstas llenen los cuarteles.

El resultado, según afirma el telégrafo, resulta excelente, pero hemos de hacer una salvedad. La vieja Europa ya emplea este procedimiento educativo hace tiempo.

En las películas, francesas é inglesas, si el lector se ha fijado al verlas en España, habrá observado juega y muchas veces principalísimo papel, el agente de la autoridad, que nunca resulta burlado y que hace sentir el peso de la ley con inflexible rigidez. Por este medio cimantan más aún su respeto á la autoridad.

No les pasa á nuestros vecinos como á los «curriñches» que usufructúan los teatros españoles, sobre cuyas tablas, cuando el representante de la ley aparece, es para ser ridiculizado.

RECONSTITUCION DE LA MARINA RUSA

Según leemos en el *Diario de la Marina*, los rusos trabajan activamente por reorganizar sus arsenales y reconstruir su quebrantado poder naval. Respecto á lo primero, se proyecta que los astilleros del Báltico se ocupen exclusivamente de construcciones nuevas y de construcciones de máquinas. Los astilleros de la marina se ocuparán de construcciones nuevas y de reparaciones.

Los astilleros Obouhof construirán cañones, cureñas, proyectiles, planchas de blindaje, torpedos, materiales de acero para la construcción de buques, etc. Los astilleros Sjorski harán planchas de blindaje y materiales diversos para construcciones navales.

Tocante á la reconstrucción de la flota, los rusos tienen siempre buques nuevos en construcción, por cuyo modo, lenta ó activamente, según lo consenten las circunstancias, se renueva constantemente el material flotante.

Ahora acaban de recibirse tres submarinos construídos en Alemania, cuyos nombres son: «Karp», «Karassi» y «Kambala.»

Se ha dado nombre á los nuevos submarinos en construcción. Los cuatro de 400 toneladas que se construyen en los talleres Kreiton de San Petersburgo, se llamarán: «Krokodill», «Kaimán», «Dratón» y «Alligator.» El de 360 toneladas, que se construye en los astilleros del Báltico, se llamará «Akula» y el de 177 toneladas, de los mismos talleres «Minoga.»

SOLDADOS ESPAÑOLES EN RUSIA

Una bordadora regia. Recordarán nuestros lectores, que, en el antiguo templo de Atocha, se conservaban como preciosas reliquias, un gran número de banderas, testigos mudos de mil gloriosos hechos, realizados por las armas españolas.

Al ser demolido el vetusto edificio, aquellos históricos trofeos fueron depositados en el cuartel que hoy ocupan los inválidos de nuestro ejército, y en una visita hecha á este alojamiento, tuvimos ocasión de hacer un descubrimiento que, por lo curioso, merece ser conocido de nuestros lectores.

En una vitrina de el principal de los salones, se conserva una bandera, cuya interesante historia es la siguiente.

Guerreaban los ejércitos franceses en nuestra patria, tratando en vano de someter una nación, que, defendida por el pueblo era invencible, y aunque la suerte de las armas no favorecían á los mariscales de Napoleón, no por eso dejaba de haber españoles que aprisionados por las tropas francesas, sufrían en suelo extraño las penalidades del cautiverio.

Su número no escaseó, y la circunstancia de tratarse de soldados aguerridos que habían demostrado tantas veces su resistencia y su valor, fué causa de que Bonaparte pensara en ellos para que formaran parte de la expedición á Rusia.

Convenientemente equipados y armados, se les incorporó al ejército imperial siguiendo mal de su grado las banderas de aquel caudillo que, según la frase del poeta, hacía y deshacía la historia con las bocas de sus cañones.

Formaban aquellos españoles una legión particular que, tan pronto como sobrevino el descalabro de las huestes napoleónicas, se pasó al ejército moscovita.

Gran alborozo causó entre los rusos la presencia de nuestros compatriotas, que fueron acogidos con muestras del mayor entusiasmo y visitados inmediatamente por el czar Alejandro.

Agasajó éste con la mayor esplendor á los soldados españoles, y en su afán de hacerles grata su estancia en aquel país, dispuso que fuesen acuartelados en Peterhoff, sitio imperial muy visitado por los soberanos rusos.

Aumentaba de día en día la popularidad de nuestros soldados y á la vez que el emperador les halagaba, haciéndoles objeto de las mayores atenciones, la emperatriz se complacía en visitarles, llevando su entusiasmo hasta el extremo de bordar por su mano las banderas que algún tiempo después les fueron entregadas.

Ordenó el emperador que aquella legión de tropas españolas se apellidase *Imperial Alejandro*, disponiendo que por cuenta del erario ruso se les facilitase un equipo completamente nuevo, pues habían llegado á Peterhoff rotos y maltrechos.

Era á la sazón embajador de España en Rusia D. Eusebio Bardagí y Azara, y mostró grandes deseos de que los soldados españoles jurasen la nueva Constitución de nuestro país.

Consultado el caso con el czar, no sólo accedió á lo que el embajador español solicitaba, sino que puso especial empeño en que revistiera el acto la mayor solemnidad.

Con la antelación necesaria se había dado cuenta á nuestros compatriotas de la nueva Constitución, y tan de su gusto la encontraron, que ardían en deseos de jurarla y defenderla.

Grandes eran los preparativos que se hacían para la ceremonia.

La corte rusa había recibido invitaciones para presenciaria, y el nombre de España, que luchaba á la sazón por sacudir el yugo extranjero, era pronunciado con admiración.

Llegado el día de la jura, el *Imperial Alejandro* salió de su cuartel, yendo á formar en las márgenes del Neva, completamente helado á la sazón.

El paso de nuestros soldados, que llevaban desplegadas las banderas rojo y gualda, regalo de la emperatriz, fué acogido con hurras y aclamaciones estruendosas, que se repitieron con entusiasmo en el instante del juramento.

Algún tiempo después, el *Imperial Alejandro* era embarcado en Croustadt y restituido á la madre patria.

Terminada la guerra y elevado Fernando VII al trono de sus mayores, abolió la Constitución que España se había dado, sumiendo de nuevo á la nación en las negruras del absolutismo.

El *Imperial Alejandro*, fiel á su juramento, se sublevó en Ocaña en el mes de Marzo de 1820, pidiendo el restablecimiento de la Constitución que había jurado en las márgenes del Neva.

Esta fuerza se llamó después regimiento de la Unión, más tarde Guías de Espartero, y la batalla de Luchana le dió el nombre que actualmente lleva.

CUARTELERA

La sangre de Pérez. El recluta Pérez, era la pesadilla del teniente López, la desesperación del sargento Rodríguez y el tormento del cabo García.

En la instrucción, el oficial y el sargento tenían que gritar á cada instante: —¡Pérez, cambie usted el paso! ¡Pérez levante usted la cabeza! ¡Pérez, ese fusil! ¡Pérez, Pérez, Peereze!

Y Pérez, más aturrido cuanto más le gritaban, era causa de que el paleta hiciese un incontable número de *buñuelos*.

En la instrucción teórica, no era menos *sobresaliente* el bueno de Pérez.

Los nombres no le *sonaban*, los toques de corneta le volvían loco y en cuanto á tratamientos, honores y divisas...

—Pérez, dígame usted cuántos entorchados lleva el general de la división.

—Tres, contestaba sin vacilar el interrogado.

Con dos se conformaría él, decía para su guerrera el oficial.

Una mañana, estaba Pérez más torpe que nunca y el teniente instructor con una paciencia verdaderamente inverosímil, le explicaba el *capítulo* de las divisas.

—¿Te has enterado bien? preguntaba.

—Sí, señor, mi teniente.

—A ver, sargento Rodríguez, pregúntele usted.

Y Rodríguez preguntando y Pérez respondiendo, se llevaron media hora larga, pasando revista á las divisas, desde capitán general á coronel, sin que el recluta se equivocase.

Aquello era un triunfo.

—Lo ves, hombre, lo ves; decía el oficial. Si todo consiste en escuchar con atención y fijarse un poco. A ver, dime cuántos galones lleva el cabo García.

—Seis.

—¿Seis has dicho? Fíjate bien.

—Tres en cada brazo.

—Perfectamente. ¿De qué color son?

—Pérez no costesta.

—¿Pero no sabes de qué color son los galones del cabo García? dijo el teniente.

—¿Es posible que no lo sepas? agregó el sargento.

—No lo sé; replicó Pérez.

Asombro general, fruncimiento de cejas del sargento y pausa larga.

Al cabo de ésta, el oficial se acerca á Pérez y echando lumbre le dice:

—¡Burro! más que burro! Los galones del cabo son del color de tu sangre... Vamos á ver? de qué color tienes la sangre?

—¡Mi sangre, mi sangre! replica Pérez, con los carrillos inflados y rojo como una cereza, negra mi teniente; negra la tengo ya como la pez. Así me la han puesto con tanto grito, con tanto nombre, con tanto toque, con tanto entorchado, con tanta estrella, con tanto galón y con tanto... jorrobarme.

EL CANTO COMO MEDICINA

¿Se cura la tuberculosis? Hacemos esta pregunta en la seguridad de que el 99 y pico por 100 de los lectores, contestarán negativamente, incluyendo á los médicos.

Pero como no hay regla sin excepción, surge un doctor, el Sr. Jouchon, quien en un artículo publicado en una revista extranjera, afirma que uno de los remedios más eficaces para combatir la tisis es el canto.

—Recuerdo, dice en apoyo de su tesis, el caso de una joven, enviada por un profesor de medicina de la facultad á un maestro de canto, para que le *arreglase los pulmones*, (es decir, algo así como quien arregla el cajón de una cómoda que no cierra bien ó el tubo de una chimenea) pues bien, aquella jóven completamente afónica, después de dos años de ejercicio moderado y metódico, recobró la voz con el canto adquiriendo su cabidad torácica un desarrollo normal. El canto restó á la tuberculosis aquel candidato.

Y termina diciendo el doctor:

—Los ejercicios de canto, permitirán disminuir las aterradoras cifras que alcanza este mal.

Resultado de esta elucubración que la cantinela de los niños *ambo, ato matarile rile etc.* y á la *limón, á la limón*, no solo es un entretenimiento propio de la edad sino que constituye una gran medicina. Y ya vemos á los lectores aprensivos, entonan un aria ó cantarse unas malagueñas al menor dolor que sientan en el pecho; aunque á nuestro juicio el único que se ha salido por peteneras, es el famoso doctor Jouchon.

¡SIN BANDERA!

por

D. RICARDO DONOSO-CORTÉS.

Episodio de la guerra hispano-americana. Tan reducidos eran los camarotes de aquel vaporcillo que apenas desplazaba 300 toneladas; tan avanzado el estío; tan ardiente la atmósfera tropical, que el calor se me hacía insostenible y, mucho antes de romper el alba, tuve que arrojar de mi estrecha litera y subir á cubierta en busca de brisa que refrescara mi rostro sudoroso.

Meciase el *Guillermo López* suavemente sobre las ondas apenas perceptibles de la bahía de Belize. Recordadas por las sombras de una noche que se disponía á huir, empujada por las primeras claridades de la próxima aurora, destacábanse, no muy lejos, surgiendo de entre los espesos manglares y reflejándose vagamente, con las luces que acusaban su blancura, sobre las aguas mortecinas, las lindas casitas de la ciudad británica que se asienta en la península del Yucatán.

Respiré y me entristecí. El aire de la madrugada confortó mi cuerpo; pero la quietud y el silencio que en mi torno reinaban, sugirieronme recuerdos de mi querida y lejana patria; de días más dichosos; de noches más alegres; de ilusiones ya desvanecidas y esperanzas risueñas ya defraudadas al embate de tristes realidades...

* *

A las órdenes de un ilustre general; en compañía de otros queridos compañeros de armas que, como yo, ostentaban nombres supuestos para ocultar en el más profundo incógnito nuestra condición de soldados españoles, y á bordo de aquel atrevido barquichuelo que supo algunos días antes burlar el bloqueo puesto á la isla de Cuba por la escuadra norteamericana, habíame conducido á aquel puerto el cumplimiento de un deber, la necesidad de realizar una misión secreta y delicada, referente al servicio de guerra, confiada por el general Blanco á los pasajeros del *Guillermo López*. Y para poder desempeñarla con la amplitud y la discreción debidas, fué preciso que este barco saliera furtivamente de las cubanas costas y que fondeara en Belize para gestionar ante las autoridades británicas el abanderamiento inglés, porque el pabellón español hubiera sido imprudente, arriesgado y peligroso pasearlo por el mar caribe, surcado por los barcos de guerra de los Estados Unidos.

Estábamos allí, pues, unos cuantos españoles que no podíamos hacer pública nacionalidad ni cobijarnos bajo la bandera de nuestra Patria; y, para mejor servir los intereses de ella, teníamos que buscar el amparo de un pabellón extranjero, que tampoco podíamos aún desplegar, por hallarse todavía en tramitación el expediente de nuestro abanderamiento. Nuestra situación no podía ser más anómala ni angustiosa. ¡Estábamos! sin bandera!

* *

Empezó á amanecer. Las aguas de la bahía fueron reflejando el pálido azul de aquel cielo que se disponía á recorrer el sol naciente. Belize se despertaba, ofreciéndose ante mi vista como un fantástico nido de palomas. Entre la ciudad y el *Guillermo López* meciáanse multitud de barcos mucho mayores que el nuestro. Casi todos eran norteamericanos ó ingleses, que ostentaban satisfechos su naturaleza, en tanto que nosotros teníamos que ocultar tímidamente la nuestra.

Al subir de mi camarote había cogido un libro que hallé á mano. Cuando la luz del crepúsculo matinal adquirió la intensidad bastante para alumbrar abrí el libro y lo hojeé nerviosamente. Era un tomo de trozos escogidos de autores extranjeros, en una de cuyas páginas detúvose mi vista ante este lacónico y para mi sugestivo epígrafe: LE DRAPEAU.

—¡LA BANDERA!—pensé rápidamente—Nunca más oportuno leer algo de ella que cuando de ella se carece.

Y me puse á leer aquella bellísima composición de Jules Claretie en que se expresa el concepto que á todo buen patriota merece su bandera.

«El hogar en que nacimos, el rincón en que hemos crecido, nuestra primera sonrisa de niños, el primer amor de jóvenes, la madre que nos ha mecido, el padre que nos regañó, nuestro primer amigo, nuestra primera lágrima, las esperanzas, los sueños, las quimeras, los recuerdos... Todas estas alegrías encerradas á la vez en una palabra, en un nombre, el más hermoso de todos: ¡LA PATRIA!»

Repetían mis labios, ya casi en voz alta, las palabras que mis ojos sedientos bebían en el libro:

«LA BANDERA es el honor del regimiento, y sus glorias y títulos resaltan en letras de oro sobre sus colores que llevan nombres de victorias; es como la conciencia de los valientes que marchan á la muerte bajo sus pliegues; es el deber en su aspecto más severo y representado por lo que tiene de más sublime; es una idea flotando en un tafetán. No os asombrei; de que se ame á esta bandera, aun en girones hasta el punto de dejarse por ella atravesar el pecho ó machacar el cráneo.»

Al apartar momentáneamente mi vista del libro, hirióla algo que, sin darme cuenta exacta de ello, llevó á mi rostro rojos matices de indignación y de vergüenza. Los barcos americanos, entre ruidosas manifestaciones de júbilo de sus tripulantes, izaban, todos á la vez, el estrellado pabellón de los Estados Unidos, y, á los pocos instantes, hallábanse empavesados; á continuación desplegaron su bandera los barcos ingleses, y los edificios públicos de Belize, asociándose á aquella solemne manifestación naval, izaron también las enseñas británica y norteamericana.

Pronto me di explicación de lo que aquello significaba. Era el día 4 de Julio de 1898 y celebrábase el aniversario de la independencia de los Estados de la América del Norte como una solemne y legítima fiesta nacional.

Aquellas banderas con tal profusión prodigadas parecían querer insultar nuestra pequeñez y nuestra desgracia,

y —¡qué reflexiones podría yo hacerme en circunstancias tan excepcionales!— aquel que yo me imaginaba insulto, me sublevaba el ánimo.

No pude soportar por más tiempo el espectáculo y me dirijí apresuradamente á despertar á mis compañeros. Referíles cuanto había visto; se levantaron, me siguieron y también ellos lo contemplaron experimentando las mismas sensaciones que experimentaba mi entristecido espíritu.

Transcurrieron solamente algunos minutos que parecían horas; buscábamos en silencio algo que sirviera de manifestación de protesta contra aquel insulto, que respondiera gallardamente á aquella provocación, que desahogara á nuestra alma de angustias y tribulaciones.

Todos tuvimos la misma inspiración; todos pensamos en una misma cosa; todos pusimos nuestra acción al servicio del mismo descabellado pero grandioso ideal.

Aunque la bandera, la vieja bandera española del *Guillermo López* trocárase en breve en bandera inglesa, aun no había llegado este caso; nos incautamos de la roja y gualda tela que el patrón de nuestro barquichuelo había guardado en lo más escondido de su camarote, é hicimos que fuese majestuosamente izada al grito de ¡Viva España! que lanzamos á una todos los pasajeros del insignificante remolcador.

* *

Enhiesta permaneció la española bandera en lo alto del palo del *Guillermo López*, durante todo el día del 4 de Julio de 1898, y asombro grande debió producir, seguramente, esta temeraria demostración en los barcos y en la ciudad que no pudieron por menos de apercibirse de nuestra maniobra.

Y cuando, al oscurecer, y entre nuevas aclamaciones á la patria lejana y querida, arriábamos el pabellón que simboliza uno de los pueblos más gloriosos pero más desgraciados, entraba en la bahía de Belize un buque de guerra norteamericano que vino á fondear muy cerca del *Guillermo López*. Habíamos descubierto demasiado nuestra reservada condición ante el enemigo, por no resignarnos á vivir SIN BANDERA en un lugar en que imperaba por completo la de nuestro adversario. Pero nuestro patriotismo no sufrió en aquel día cruel la humillación que flotaba en el ambiente.

BOLETÍN

BIBLIOGRÁFICO

Daremos cuenta en esta sección de los libros cuyos autores ó editores nos remitan dos ejemplares, sin perjuicio de ocuparnos extensamente de aquéllos que su índole así lo exija.

PASATIEMPOS

Al suscriptor que acierte las soluciones de los pasatiempos insertos en este número, se le regalará un lote de doce novelas.

Si fuese más de uno, se hará un sorteo y el nombre del agraciado se publicará en el primer número del mes de Febrero próximo.

Las soluciones podrán remitirse hasta el día 30 del mes actual.

CHARADA

Una prenda de vestir vemos en dos con primera; la primera con segunda en nuestro cuerpo se encuentra.

Dios mitológico vemos en segunda con tercera, tres con tercera es un fruto allá de lejanas tierras.

Tercia con prima se usa para que el cuerpo defienda; el topo es un pasatiempo á pesar de que molesta.

ESTRELLA

```

      5
    *  *
  1 * 7 * 1 * 2
    *  *  *  *  *
      8 * 0 * 2
    *  *  *  *  *
  4 * 9 * 3 * 6
    *  *
      3
    
```

Sustituir las cifras iguales por una misma vocal y los puntos por consonantes, de modo que resulte 1-7-1-2 pueblo castellano; 1-8-9-3, torre de vigía; 3-3-2-2, arma; 4-8-7-5, empleo palatino; 4-9-3-6, señuelo para coger aves; 5-1-2-6, alhaja; 7-0-3, apellido de una tiple; 0-2, célebre defensor de los fueros vascongados, y 9-0-1 un poeta ilustre.

GEROGLIFICO COMPRIMIDO

TIN TAN TUN TEN
SIN SAN SEN SUN

AVERIGUADOR PÚBLICO

Publicaremos en esta sección cuantas preguntas se nos dirijan y sean á nuestro juicio de interés general. Confiamos en la buena fé de los lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta envíen la respuesta.

Nuestro objeto es prestar un servicio á cuantos deseen conocer puntos determinados de cosas relacionadas con la profesión y que son poco conocidas.

Rogamos á quienes nos envíen preguntas ó respuestas para esta sección, lo hagan escribiendo aquéllas por una

sola carilla del papel y lo más lacónicamente posible.

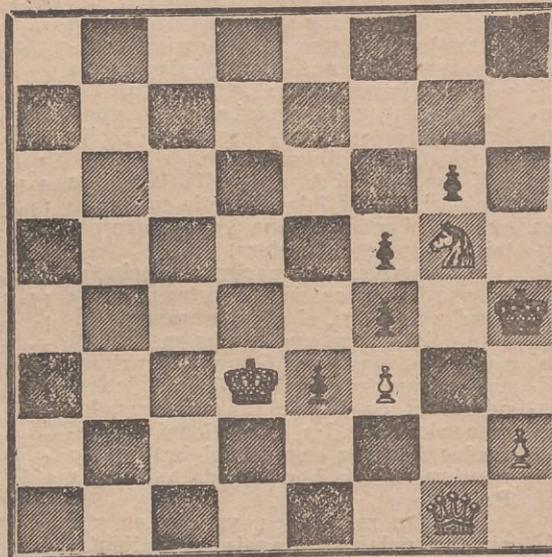
PREGUNTAS

1.ª ¿Cuándo fué organizada en regimientos la infantería española?

2.ª ¿Cuál fué el primer acto de indisciplina que registran los autores militares, cometido en el siglo XIX y qué consecuencia para las glorias patrias tuvo á pesar de ello?

PROBLEMA DE AJEDREZ NÚMERO 1.

NEGRAS (CINCO PIEZAS)



BLANCAS (CINCO PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

3.ª ¿Quién dispuso que el fusil tuviese como complemento la bayoneta, y en qué época comenzó á usarse ésta?

4.ª ¿Las hombreras de la Guardia Civil se pusieron solo cual adorno de la levita ó tienen algún otro objeto distinto al de impedir que se caiga el correa?

5.ª ¿En qué año se creó el regimiento de León núm. 38 y por qué ostentaba el mote de «El Arcabuceado»?

ESCRITO POR EL PÚBLICO

Publicaremos en esta página las cartas que se nos dirijan y que contengan observaciones ó ideas útiles ó interesantes.

Rogamos á nuestros lectores que escriban sus comunicaciones en un solo lado del papel, que sean muy breves y que no se impacienten si ven demorada la publicación de sus cartas.

En esta sección, EL MUNDO MILITAR no expresa criterio, sino que se limita á exponer el de los demás, dejando á sus autores la responsabilidad de los escritos que remitan.

CHASCARRILLOS

Un comandante entra en su despacho del Ministerio de la Guerra y pregunta al ordenanza al ver que coje los papeles de encima de la mesa para encender la chimenea:

—¿Qué estás haciendo, gran bestia?—le dice.

—¡Oh! No tenga V. cuidado, mi comandante, contesta sonriendo;—el papel blanco no le toco; sólo he quemado lo que ya estaba escrito.

—No te olvides mañana de llamarme á las cinco, porque ya sabes que el tren sale á las seis.

—Está bien, mi teniente, le despertaré en seguida que llame usted al timbre.

Regalaron á un capitán una magnífica langosta muy bien preparada, y el asistente, un gaditano que se moría por todo lo que fuera marisco ó pescado, no pudo resistir la tentación y metiendo el diente al regalo no paró hasta que sólo quedaban la fuente y el caparazón.

Enteróse su amo de lo sucedido y sin poder contener la indignación le dijo:

—Animal, ¿te parece bien lo que has hecho? ¿Qué mercedes que yo te dé después de haberte comido la langosta?

—Deme usted una botella de vino, mi capitán.

COLMOS

¿Cuál es el colmo del miedo?
Marcharse de la cocina porque se están pegando las judías.

¿Cuál fué el hecho de armas más gracioso?
La batalla del Salado.

¿En qué se parecen las bolas de biliar á los músicos militares?
En que tocan en las bandas.

¿En qué se parece la lotería á una banda de música?
En que tiene bombo.

ALMANAQUE

ENERO
31 DIAS

- 1 Miér. * LA CIRCUN. DEL SEÑOR.
- 2 Juev. Santos Macario y Narciso.
- 3 Vier. Sta. Genoveva, pat. de Paris.
- 4 Sáb. S. Aquilino, mr. y S. Tito.
- 5 Dom. S. Eduardo, Rey, y Sta. Emiliana.
- 6 Lun. * LA ADORACION DE LOS STOS. REYES.
- 7 Mar. S. Julián, patrón del Ferrol.
- 8 Mier. S. Luciano, presb.
- 9 Juev. S. Julián, mr. y Sta. Marciana.
- 10 Vier. Stos. Juan Bueno y Gonzalo.
- 11 Sáb. S. Higinio, papa y S. Teodosio.
- 12 Dom. S. Benito
- 13 Lun. S. Gumersindo, presb.
- 14 Mar. S. Hilario, beato
- 15 Mier. Stos. Pablo y Mauro.
- 16 Juev. S. Fulgencio.
- 17 Vier. S. Antonio, abad
- 18 Sáb. La Cátedra de S. Pedro en Roma.
- 19 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús.
- 20 Lun. S. Fabián, papa.
- 21 Mar. Sta. Inés, virgen y S. Eulogio.
- 22 Mier. Stos. Anastasio y Vicente, mrs.
- 23 Juev. * S. IDEFONSO Dias de S. M. el Rey
- 24 Vier. Ntra. Sra. de la Paz.
- 25 Sáb. La Conversión de S. Pablo.
- 26 Dom. S. Policarpo, obispo.
- 27 Lun. Stas. Eulalia y Angela.
- 28 Mar. S. Julián y Sta. Inés.
- 29 Mier. S. Valero y Sta. Julita.
- 30 Juev. S. Hipólito, mártir.
- 31 Vier. S. Pedro Nolasco, conf.

MADRID.—1908

Imp. y encuadernación de la Guardia Civil.